

EL OJO VIAJERO

Problemas del Extremo Oriente

El absurdo temor del peligro amarillo

Por RAMON MUÑIZ LAVALLE

FOTOS Y DIBUJOS DEL AUTOR

"El Japón no permitirá amenazas rusas."

Y fué al salir del Ministerio cuando un coronel del Estado Mayor me dijera en tono tan presuntuoso como enérgico:

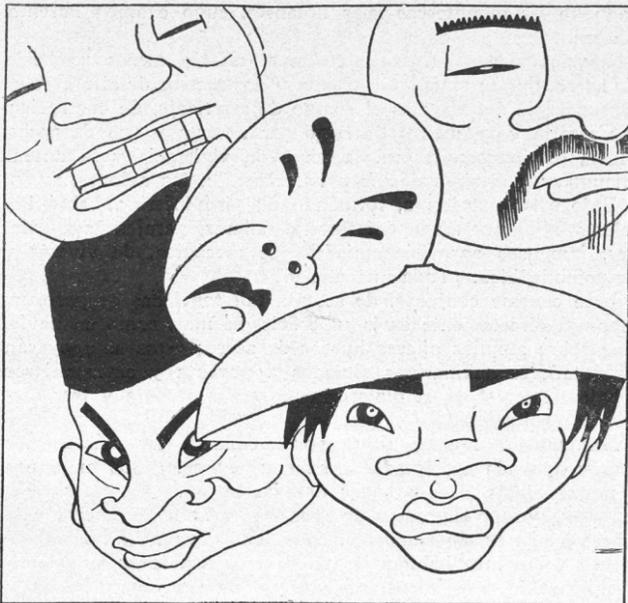
"Hoy, Mandchuria...; mañana, Moscú."

Los japoneses quieren la guerra contra la Rusia soviética, y dicen, con mucha razón, que, ya sean los rusos comunistas o zaristas, su deseo oculto es dominar el sur de la Siberia, y, por la conquista de Mandchuria y Mongolia, proponerse el gran sueño de toda la vida: la dominación de China.

Pero antes que esto ocurra, el Japón expondrá hasta el último de sus habitantes para impedir la expansión rusa.

Comentando las últimas incidencias, un periódico madrileño de corta edad, tan bien presentado como, desgraciadamente, poco leído, publicó un artículo titulado "Las tres murallas de la China". Luego de comentarios diversos, no siempre muy al tanto del problema, anota la siguiente consideración:

"¡Quién sabe lo que los japoneses son capaces de ha-



China, Mandchou Kuo, Japón, Filipinas, Malaya... Ninguna concomitancia una a estas razas del Extremo Oriente.

cer! Si logran conquistar, someter y dirigir a los chinos, sin dejarse absorber por ellos, tiempo vendrá en que millones de amarillos, bien armados y disciplinados, avanzarán como langostas hacia Occidente. ¡Quién sabe! El peligro amarillo está siendo denunciado con insistencia por grandes estadistas. Una China japonesa lo agravaría con exceso."

¿Una China japonesa?... A quienes hayan vivido en el Asia Oriental, tal suposición les hará gracia, ya que no se pueden encontrar por el mundo dos pueblos que se repelan más que el chino y el japonés. Razas antagónicas en todo, su odio ancestral no podrá llevarlos nunca a una concomitancia duradera. Sus plazos de tregua a sus combinaciones son meros juegos políticos para evitar el gran peligro de ambos: los imperialismos occidentales.

Pero es absolutamente imposible el pensar que un día pudieran combinarse esas dos fuerzas asiáticas para emprender el absurdo temor del Káiser: el peligro amarillo.

Porque el peligro amarillo, aun suponiendo el imposible de ver alguna vez a chinos y japoneses tomados del brazo, debe atravesar ese océano humano del Asia Central, donde en conjunto viven algunos millones más que los indicados como invasores.

Y si se me dice que las razas malayas e indias carecen de impulso guerrero y han degenerado por efectos religiosos y éticos a un estado contemplativo que les impediría rechazar la invasión de los asiáticos orientales, cabe agregar que el pueblo chino, salvo pequeñas minorías étnicas, nunca ha poseído espíritu conquistador. Siempre fué China, y aún lo es, un pueblo esclavo; ahora sí, raza de medula tan estupenda, que supo, con el poder de su impasibilidad y resistencia, absorberse y convertir en chinas a las grandes invasiones nórdicas.

El peligro amarillo es un juguete para los cerebros alu-



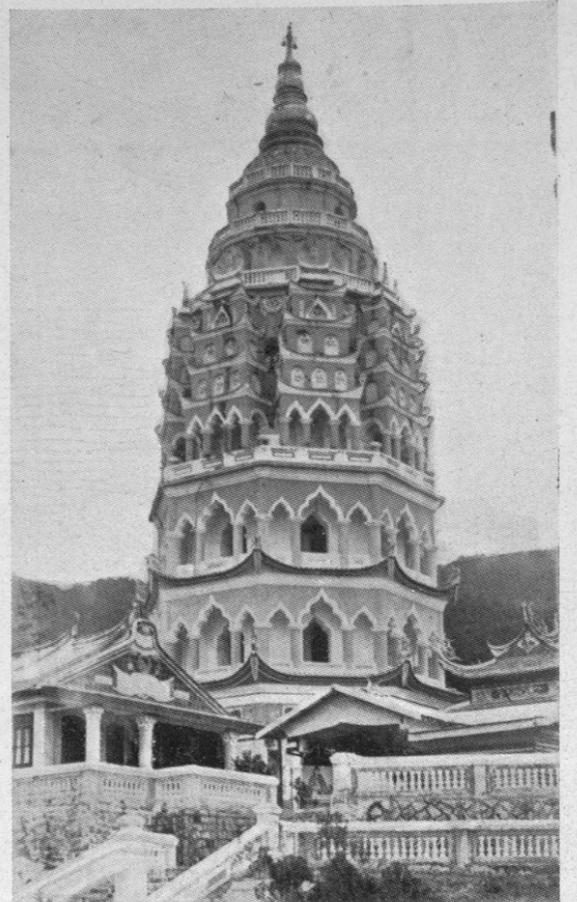
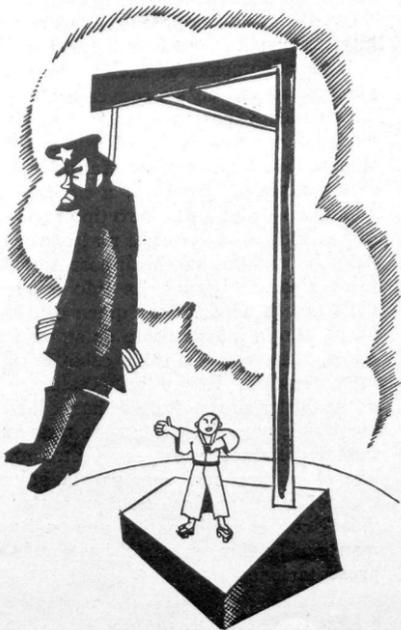
¿Cómo se entenderá China con el Japón si no se entienden entre ellos? Esta foto muestra un fusilamiento, el deporte más popular de China.

La semana pasada se puso nuevamente de actualidad el tema del Extremo Oriente. Conflictos habidos entre chinos y japoneses en las fronteras de Chahar corrieron por los cables telegráficos a las redacciones de los periódicos de todo el mundo para denunciar una vez más al imperialismo japonés, advertir las posibilidades de una nueva guerra rusionipona y comentar las asechanzas del peligro amarillo.

Lo de Chahar carece de importancia. El Japón prosigue la obra emprendida, es decir, construir con Mandchouko y Mongolia un dique a la expansión soviética, como treinta años atrás levantaron, con los sacrificios de una guerra, una muralla contra la cual se estrelló el imperialismo zarista, que, habiendo absorbido la Mongolia, Mandchuria y Corea, amenazaba a China Norte e indirectamente al Japón.

Cuando los militares japoneses se propusieron crear el Estado de Manchouko como una avanzada de su próxima guerra con los Soviets, incluyeron en el plan a las dos Mongolias, bases de operación indispensables para la táctica nipona de cortar los envíos rusos a la altura del lago Baikal, a la par que extender un cerco protector de China contra las infiltraciones comunistas. Aun cuando la Prensa de todo el mundo pretendió desconocer que la declaración japonesa hablaba a la par de Mandchuria y Mongolia, los nipones oficializaron en textos, planos del nuevo Estado, libros, folletos y declaraciones ministeriales, los libres derechos de ambas regiones al norte de China. Imposibilitados materialmente de realizar su ofensiva hacia la Gran Muralla para la limpieza del Jehol, y hacia Chahar, para la anexión, por las armas, de Mongolia, dieron al tiempo la ocasión de ambos avances. Un año atrás operaron en el Jehol, quedando en posesión casi directa de Shanhaikuan, llave para el dominio de las fronteras de China Norte. Hoy actúan sobre Chahar, llevando hacia el Oeste la acción de su ejército, para establecer las líneas de vanguardia de su necesidad vital: la guerra con Rusia.

Cuando en Mandchuria tronaban los cañones, entrevisté en Tokio al entonces ministro de Guerra, general Araki, dictador en tinieblas del Imperio. En sus declaraciones fué explícito:



El templo de "Ayer-Itam", en la isla de Penang, que congrega a los budistas de todo Oriente.

cinados. Mussolini es hoy día un entusiasta apologista del mismo. Pero la única virtud que mueve al político italiano en su *manchietta* de política internacional es la competencia del tejido japonés a las hilaturas peninsulares.

Spengler, en su última obra, *Años decisivos*, manipula nuevamente sus reflexiones sobre las razas de color, para ofrecernos, con la gallardía de su estilo y la profundidad de su talento, el desolador espectáculo del advenimiento de ellas al dominio universal. Pero el germano, bien *junker*, afirmado en una vanidad nacional de potencia intermedia entre Asia y Occidente, pretende conclusiones que no son más que esbozos teóricos sobre el activo y pasivo del Oriente.

Se olvida Splenger que Asia no tiene unidad espiritual. Pasa por alto, desde su retiro alemán, la mortal enemistad de las religiones orientales y, más aún, desconoce o pasa por desconocer la falta de conexión entre una misma religión practicada en diferentes pueblos.

Porque entre budistas chinos, japoneses, indochinos, siameses y birmanos, no hay nada común, a no ser las peregrinaciones en minoría al templo de Ayer Itam, en la isla de Penang. Que las sectas budistas de la propia China se dividen por millares. Que en el Japón hay fracciones budistas, como la de Nichiren, de un sentido vital de la vida, que las aleja de otras de carácter pausado.

Y los musulmanes de las indias holandesas, de la península malaya, y aun los chinos, no son los musulmanes del Oriente europeo o central. Que la India se subdivide en millares de facetas de casta y religión. Que los malayos no están vinculados por ninguna corriente espiritual.

Es decir, que el plano asiático está cortado por abismos que no alcanzan a salvar los diferentes puentes del odio acendrado de cada raza al hombre blanco.

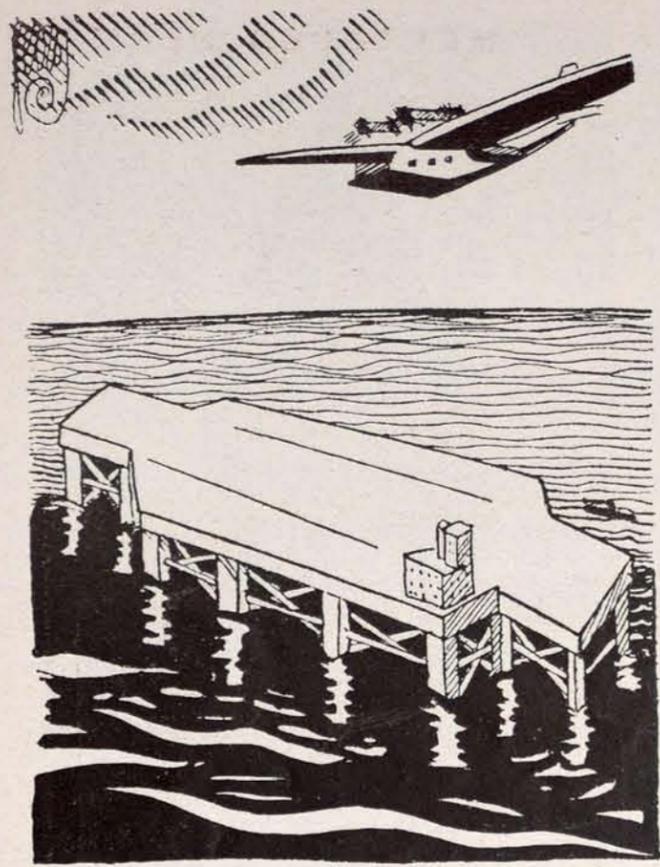
El peligro amarillo es un cuento. Una bonita narración de fantasmas o un folletín de aventuras para los niños de escuela secundaria.

Los japoneses prosiguen su acción en Chahar para afirmar su posesión de Mandchoukuo y Mongolia. Preparan, y terminarán por realizar, la guerra contra Rusia.

Pero nada de esto induce a pensar en el peligro amarillo. El Japón, aunque victorioso, está destinado a un fracaso que lo paralizará por largos años.

Porque el imperialismo japonés es otro cuento...; pero un cuento para relatar en números próximos.





LAS ISLAS FLOTANTES

Por PIERRE DEVAUX

Un gran proyecto industrial y "geográfico", un proyecto que hubiese hecho soñar a Julio Verne y que los ingenieros de hace veinte años lo hubiesen declarado absolutamente quimérico, va a ser realizado próximamente en el Atlántico. Se trata de la construcción de islas flotantes, no de simples balsas, sino de verdaderas tierras artificiales de grandes dimensiones, sostenidas muy por encima de las olas mediante un procedimiento especial y destinadas a servir de escalas regulares para los aviones transatlánticos.

Señalemos desde ahora que esta enorme empresa, que necesitará la cooperación administrativa e internacional, ha salido ya del dominio de los estudios; presidida por hombres como E. R. Armstrong y Bleriot, sostenida por potencias financieras de primer orden, tales como el Banco Dupont, la General Motors, etc.; minuciosamente estudiada desde el punto de vista técnico, esta empresa ha recibido una consagración práctica y definitiva después que los directores de las Compañías de seguros, gentes desconfiadas por naturaleza, han aceptado cubrir los riesgos de la misma.

En estos momentos, en la desembocadura del Delaware, entre el estrépito de las planchas de las quillas, los martillos hidráulicos crepitan para la construcción de una primera isla flotante, cuyo crédito es de unos veinticinco millones de francos.

Dentro de poco, en las nuevas ediciones de los atlas, aparecerán puntos multicolores sobre la mancha azul del océano;

serán las islas artificiales, agrupadas bajo el control de la Sociedad de las Naciones, que tenderán a través del Atlántico un puente aéreo pacífico, prohibido a los aviones de bombardeo.

La idea de crear nuevas tierras habitables y flotantes obsesiona desde hace mucho tiempo la imaginación de los ingenieros y... de los novelistas. Sin remontarnos a esos "utriculares" de la Galia romana que formaban vastas áreas planas y ondulantes sobre odres infladas con aire, se pueden citar no menos de tres novelas de Julio Verne basadas sobre la existencia de islas errantes.

Han sido necesarios los progresos fulminantes de la aviación intercontinental para que se hubiese podido considerar seriamente una realización práctica; y no es nada exagerado decir que mañana, gracias a las islas flotantes, la aviación transatlántica matará al paquebote.

Ventajas aplastantes del navío del aire: su rapidez, veinte horas de viaje en lugar de cinco días; la economía, puesto que el lugar ocupado por un pasajero costará cien mil francos en lugar de los cuatrocientos mil que cuesta a bordo de un paquebote; el rendimiento financiero, pues un avión de veinticinco plazas volará siempre con su pasaje completo, en tanto que un paquebote navega muchas veces con la mitad de pasajeros. La creación de las islas flotantes agregará a estas ventajas la seguridad y la regularidad.

—No olvidemos— agrega el Sr. Bleriot, quien nos ha suministrado estos datos— que a partir del mes de junio una línea de zepelines unirá en cuarenta y ocho horas la América del Norte y Europa.

En este punto es necesario convenir que los alemanes se nos han adelantado. Hace más o menos seis meses, un "carga" de cinco mil toneladas, el "Westfalen", de ciento veinticinco metros de eslora, echaba anclas en el Atlántico tropical, al Sur de las islas de Cabo Verde. Había sido equipado por la Lufthansa y estaba provisto de una "tela flotante", que deja arrastrar en el mar con el objeto de recoger a los grandes "Dornier-Wall", de quince toneladas. El hidrovación se posa en el largo surco y, luego, con un último golpe de motor, trepa en la lona; enseguida, por medio de una grúa especial, es izado sobre el puente, en donde se lo reaprovisiona en menos de una hora. Para la partida, se lo proyecta al espacio por medio de una catapulta de diez mil caballos de fuerza.

Gracias a esa posta intermedia los dirigentes de la Lufthansa esperan establecer un servicio regular permanente de correo entre Berlín y Río de Janeiro, en tres días y en condiciones muy económicas.

Pero ¡qué pesa ese pigmeo de ciento veinticinco metros al lado de las gigantescas islas flotantes, cuyo examen haremos ahora!...

Imaginaos una inmensa plataforma, más o menos romboidal, de acero, que se extiende a treinta y dos metros de altura sobre la superficie del mar: es el campo de aterrizaje, de cuatrocientos sesenta y un metros de largo por noventa y uno de ancho. Hacia un extremo estará la torre de vigilancia y la antena triangular, que sirve de "faro hertziano" a los aviones.

Bajo esta plataforma, formando un piso inferior, habrá hoteles y almacenes, una enfermería, talleres, garajes para aviones, inmensos aprovisionamientos de mecánica, de víveres y de combustibles; ¡Toda una ciudad!

Este enorme conjunto, de setenta mil toneladas de peso, no reposará directamente en la superficie del mar, como un navío, sino sobre amplios pilares huecos de acero; éstos se apoyarán en flotadores submarinos situados a noventa y cinco metros debajo del nivel de la plataforma, o sea a sesenta y tres metros de profundidad en el mar.

Mantenida a regular altura por encima de las más fuertes olas y apoyada en flotadores submarinos colocados en aguas siempre calmas, la isla podrá desafiar las más violentas tempestades, porque las masas de agua atravesarán libremente esta selva de pilares sin romperse, como en la proa de los barcos. Ciento veinticinco habitantes (¿podremos aventurar la palabra "indígenas"?), mecánicos, oficiales de navegación, médicos y telegrafistas habitarán permanentemente en este minúsculo continente de acero sin conocer jamás el mareo.

Por vastas y pesadas que fueran estas islas flotantes, los vientos y las corrientes terminarían por arrastrarlas a la deriva. Pero un cable de acero de cuatro mil quinientos metros de largo y de ocho centímetros de diámetro amarrará la construc-

ción a una ancla circular de cien toneladas de peso. Unos flotadores fijados en el cable de distancia le impedirán que se rompa bajo su propio peso.

¿Y si, con todo, se rompe el cable? En ese caso los habitantes de la isla poseerán todavía el recurso de poner en marcha las hélices, movidas por motores eléctricos de quinientos caballos, que les permitirán luchar eficazmente contra la deriva mientras llegan los barcos de socorro, llamados por radiotelefonía.

Crucemos ahora con el pensamiento algunos años y embarquémonos en Bourget para llegar a Nueva York en menos de veinticuatro horas. De París al puerto aéreo, de tan incómodo acceso antes, se abre ahora un amplio camino, recorrido por rápidos coches que parten de una línea del "Metro". Las formalidades de los pasaportes son rápidamente resueltas; en un solo golpe los ocho motores roncan y el transatlántico despega, cara al viento del Oeste.

Pilotado por autómatas de acero que ignoran el error y la fatiga, guiado automáticamente por los "radiófaro", nuestro navío aéreo avanza con rapidez sobre el océano. Muy pronto advertimos la primera isla, "France I", rodeada de una extensa sábana de espuma.

—Es la operación de arrojar aire comprimido, que ha reemplazado al antiguo sistema del aceite— me dice el ingeniero—, se calma el mar para el acuatizaje de un hidroavión inglés.

Posado en algunos segundos en la pista ideal de "France I", nuestro avión es subido por medio de una rampa gigantesca, y desaparece en los pisos inferiores de la isla flotante. En tanto que los pasajeros se reponen en los salones confortables del hotel, los mecánicos cargan los tanques de esencia... Estoy sorprendido del silencio relativo de este enorme hormiguero mecánico.

—¿No tenéis motores?—pregunto a mi guía.

—Sí, todos son eléctricos. La corriente es proporcionada por enormes tubos alternadores, sistema Claude-Boucherot, que funcionan por la diferencia de temperatura entre la superficie del mar y las capas profundas.

Ahora, a través de los velos brumosos de un alba gris, las flechas agudas de unos proyectores se entrecruzan en el cielo; una ciudad enorme, agujereada de luz, desfila debajo del avión: ¡Nueva York! Son apenas las cuatro: el cambio de meridiano nos ha permitido ganar cinco horas sobre la travesía. Entre mis compañeros de viaje hay hombres de negocio que volverán a tomar el avión esta noche, para estar de regreso mañana en París.

Pienso en Carlos Lindbergh, este loco heroico, que fué el primero en cruzar el océano solo, sin un autómata que lo reemplazase, sin islas flotantes, arriesgando su vida en cada segundo. La ciencia ha hecho de esta locura de ayer la realidad de hoy.

(De "Gringoire".)

TRIUMPH

Las insuperables máquinas de escribir "Triumph" y coser "Wertheim", de fama mundial, a nuevos precios. Cintas "ROS". Reparaciones, piezas de recambio y alquiler de todas las marcas.

CONTADO - PLAZOS

CASA HERNANDO

Avenida Peñalver, 3 MADRID Teléfono 16057

El estreno del teatro Cervantes nos ha puesto en contacto con una comedia de tres actos de los autores argentinos Llanderas y Malfatti. El gesto simpático de Valeriano León, de iniciar su temporada con una obra extranjera, no precisamente del corte de las suyas, aunque posea sus instantes de sana comicidad, sin ser avalado exactamente por el público en lo que significa de esfuerzo en la metódica presentación de los tipos argentinos y audacia en el riesgo de llevarle a su público una pieza de corte sentimental, fué, empero, recibida con calurosos aplausos.

El teatro argentino, tantos años en manos de tres o cuatro autores que le habían dado una forma burda al género chico con la presentación, obra tras obra, de los mismos personajes, tipos de emigrantes de nacionalidad diversa puestos a buscar sus vidas en el cosmopolitismo porteño, parece haberse desprendido de sus defectos de sainetes grotescos para tomar rumbos hacia algo, si no complicado, por lo menos más sentido, de mayor categoría humana. De este tono es "Así es la vida", comedia en tres tiempos, 1905, 1916 y época actual, donde los autores presentan como argentino un drama burgués que es propio de los hogares medios de cualquier país. Su tronco está en el juego despiadado de la individualidad, de la rebelión de los hijos al concepto paterno, porque otras épocas y necesidades los truecan en campo de ensayos vitales que no coinciden con los señalados por sus padres desde los días de la infancia. El proceso de la obra está resuelto en diálogos y frases certeras, donde los autores definen conceptos y demarcan los anhelos de padres e hijos. Podría decirse que toda la comedia está encerrada en la feliz

Una obra argentina en el teatro Cervantes

"ASÍ ES LA VIDA"

frase con que finaliza el acto segundo: "Vieja, hay que achicar la mesa..."

Es el momento culminante, cuando al hogar llega la hora del reparto de la nueva generación, que quiere buscar la vida por sí misma, saliendo a los caminos del mundo sin preocupaciones sentimentales que la retenga en el hogar. Y viene luego el acto último. Una escena de tres viejos, donde con oportunas salidas cómicas sube la emotividad de la obra hasta alcanzar un desenlace que reedita en el público la emoción de la frase anteriormente citada: "¡Vieja, hay que agrandar la mesa...!"

Es la vuelta del hijo pródigo, de los hijos que, abatidos unos, desamparados los otros, vuelven a juntarse en el hogar del que partieron un día para intentar, también ellos, construir una casa en la que el tiempo traería otro problema exactamente igual: la evasión de los jóvenes.

El comienzo de la comedia desconcierta. Los tipos, tan refractarios a los habituales para nuestro público, el pintoresco léxico argentino, la entrada de personajes cuya trascendencia se ignora, el movimiento de figuras y el juego de diálogos diversos, hacen por momentos creer, con la ayuda de las abundantes situaciones cómicas, en el encarrilamiento de la pieza hacia el sainete. Impresión esta que se corta cuando el padre

de familia, reuniendo a los hijos, deposita en manos de la madre el título de propiedad del hogar de todos. Es desde entonces, que "Así es la vida", se sitúa en su plano de problema sentimental, que no por lo sencillo de su trama deja de ser intensamente humano en sus consecuencias.

Es una obra honesta. No se ha buscado en ella el efecto melodramático ni la comicidad barata; tampoco se ha pretendido realizar una comedia transcendental en el sentido pedante. Es un problema de todos los días, de la mesa de familia, de esa mesa del pan casero, del vino ordinario, los cubiertos con historia y los manteles bordados por la madre y las hijas, en torno a las cuales se sirve, en la hora en que la familia se reúne, la fina emoción cotidiana de sentirse juntos en la tibieza hogareña.

Cabe achacarle, quizá, la prolongación de escenas y la intervención de algunos detalles superfluos que alargan la obra, haciendo que se pierda, por momentos, la afectividad del espectador hacia el suave problema que desarrollan los personajes. Ganaría la comedia si se le cortaran trozos o determinadas intervenciones, que en nada perjudicarían el eje del asunto.

Pero el gran elogio debe ser para la interpretación. Valeriano León, Aurora Redondo y cuantos intervienen en el reparto de "Así es la

vida" han realizado una notable labor. El esfuerzo de adaptación a los modismos argentinos, ya sea en el giro de las conversaciones, en los movimientos, matices peculiares de la pronunciación, indican el cariño con que todos han tomado sus papeles para trasladar a Madrid personajes absolutamente argentinos. El tío, figura de político amoroso, que forma parte activa en la psicología argentina, personaje de una era de "elecciones bravas" ganadas a punta de cuchillo, está conseguido plenamente. El italiano y el gallego, héroes de la potencialidad argentina, emigrantes que llevan sus anhelos a la tierra feraz y cuya adaptación al medio se va observando paulatinamente en su conversación, vestimenta, actividades y pasiones, están igualmente interpretados con una exactitud a la cual no estamos acostumbrados a ver en Madrid, donde se hacen tan pocas "figuras", a no ser los eternos andaluces y algún que otro tipo regional. La madre es todo un acierto; la matrona porteña, buena y hacendosa, sacrificándose siempre por los hijos y las amistades, ha sido fielmente trasladada por la actriz. Para quien esto escribe, que ha pasado la mayor parte de su vida en Buenos Aires, resalta en su valor cabal el mérito de la interpretación. Es un gran esfuerzo de todos, desde Valeriano y Aurora hasta las figuras secundarias, para darle a la obra todo su sabor nativo. Esperamos, y ese es nuestro mayor deseo, que el público sepa apreciar la voluntad de la compañía en sus fines de representar "Así es la vida", con el matiz nativo que en Buenos Aires mantuvo la obra en cartel hasta más de 600 representaciones.

R . . . M . . . L . . .



CHARLAS TEATRALES

Lola Membrives, la eminente actriz y sus planes artísticos

Ya está aquí Lola Membrives. Hace algunos días, las aguas atlánticas nos la dejaron en tierra firme del Noroeste peninsular, como un regalo de arte y de afecto, ofrenda o restitución—que ambas cosas pueden ser en quien, como ella, modeló su espíritu con alientos hispanoargentinos de idéntica fuerza sentimental—de la columna más incommovible de los valores dramáticos contemporáneos.

Desde el Noroeste, en vuelo ilusionado de proyectos, en ansias juveniles de batallas, en las que las armas se cruzarán con nobles fervores de inquietud artística, Lola Membrives, la actriz eminente—por esta vez el adjetivo tiene acento de justicia estricta—, saltó a Madrid, cerebro y corazón de España, para tender las redes de sus propósitos en este río revuelto, donde se ahoga de angustia y de estupidez el teatro hispano. ¡Seas bienvenida, Lola Membrives, a este tu reino venturoso de geniales encarnaciones dramáticas, donde cobraron aliento humano, palpación emocionada, *Pepa Doncel*, *Cancionera*; aquella memorable Lola, hecha copla popular en Andalucía la baja y verso del mejor cuño en la concepción poética de los Machado, que tomó su nombre de tu nombre, su carne de tu carne y se subió a tus labios para entonces la canción más sentida de sus sentimientos: *¡Teresa de Jesús!*... Y que España se te abra, como mereces, en un abrazo de palmas.

—Aún es pronto—me dice Lola entre sonrisas de sinceridad—para exponer las líneas esenciales de un plan, cuyo trazado apenas si ha dado comienzo. Acabo de llegar a Madrid después de una ausencia de cerca de dos años, y he de tomarme algún tiempo para orientarme, para pulsar las posibilidades actuales del teatro español, para estudiar y articular mis planes artísticos, que hasta ahora, compréndalo usted, sólo pueden ser enunciados elementales de unas ideas más o menos interesantes, pero desnudas de todo ropaje de realidad; especie de esqueletos de mis afanes dramáticos, que habré de irlos cubriendo, unas veces con galas luminosas de realización acertada y otras—soy humana y, por tanto, propensa a lo falible—con hábitos lamentables de equivocaciones. Cuando lo primero, mis ansias rebosarán de contento en un resumen emocionado del contenido de los otros; cuando lo segundo..., mi dolor se amparará en el humilde reconocimiento de mi propio fracaso.

—¿Cuándo comenzará usted su actuación?
—No lo sé. Piense usted que lo primero que necesito es teatro. A satisfacer esta necesidad elemental dedico, por el momento, mis afanes. Quiero, en primer lugar, tener teatro en Madrid. Un teatro donde pueda actuar todas las temporadas siete u ocho meses, donde pueda desarrollar mis planes sin limitaciones de tiempo, sin apremios de fecha; con la holgura de saberlo mío y poder orientarlo en el sentido de mis ideas.

—¿Lo tendrá usted?
—Espero que sí, y no creo que mis esperanzas se estrellen en los acantilados de lo imposible. Que si por mí misma no lograra alcanzar tal honor, pienso que los nombres insignes que me amparan con su firma en esta cruzada echarán el peso de su crédito en la balanza del milagro.

—¿Cuenta usted con muchas obras?
—En mi poder ya, *En el nombre del padre*, comedia en verso de Eduardo Marquina, basada en la gesta hispana del descubrimiento del Nuevo Mundo; *Doña Rosita 1900*, verso y prosa, de Federico García Lorca. Un poema dramático de Antonio y Manuel Machado, cuya entraña palpita en la célebre copla popular:

A todos nos han cantao,
en una noche de juerga,
coplas que nos han matao...

En el telar de la esperanza, promesas de Bena-

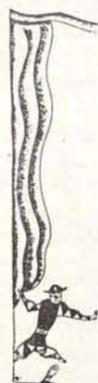
TEATRO

Por ALFREDO MUÑIZ

vente, de los Quintero... También quiero sumar mi tributo al homenaje que España rinde a Lope en el tercer centenario de su muerte. Haré algo del Fénix; posiblemente, *El arsenal de Sevilla*, obra que estudio desde hace tiempo, y que montaré, con un sentido riguroso de la época, sobre realizaciones escenográficas de Fontanals. A esta comedia lopesca quiero dedicarle los acentos más emocionados de mi sensibilidad de artista y también enfocar hacia su postura escénica mis inquietudes en cuanto a realización de conjunto; atisbos de modalidad nueva, que bullen en mi deseo desde hace tiempo y que cristalizarán en realidades de experiencia próximamente.

—¿Repertorio?
—Desde luego. Pienso interpretar todas aquellas obras que, estrenadas o no por mí, merezcan los honores de la reprise. Cuenta usted entre ellas *Bodas de sangre* y *La zapatera prodigiosa*, dos magníficos exponentes del talento dramático de García Lorca, que allá en Buenos Aires he representado doscientas y ciento cincuenta veces, respectivamente. Ya veremos aquí...

Las aguas de nuestra charla han rebasado el cauce periodístico para inundar de frescura íntima la tierra de las palabras en un milagro de coincidencias espirituales. Fue entonces cuando la conversación se hizo más interesante, cuando las frases de Lola Membrives hallaron su expresión más pura, por más desnudas de destinos publicitarios... Y hablamos mucho, mucho.



ENTRE ACTO Y ACTO
DIALOGOS IRRESPONSABLES

—¿Ve usted, querido amigo, cómo no se puede hacer arte? ¿Cómo tiene razón D. Pedro Muñoz Seca?

—¿Lo dice usted por la última comedia de doña Pilar Millán Astray?

—Lo digo por *“La Dorotea”*, la excelente adaptación de la novela de Lope, hecha por el poeta Marquina.

—¿Qué le pasa a *“La Dorotea”*?
—¡Que se muere de aburrimiento!

—¿No va la gente a verla?
—¡Nadie!... Doña Carmen Díaz está desesperada. Y menos mal que la obra de Quintero y Guillén está ya a punto de comenzar a ensayarse.

—¿Y esa dará dinero?
—¡Ríos de oro! Una comedia de Quintero y Guillén, interpretada por doña Carmen Díaz, es una letra a la vista.

—¿Y si la protestaran?
—¡Imposible!

—¡Albricias, amigo!: el teatro de la Comedia se ha regenerado.

—¿Pues qué ocurre en la Comedia?
—Ha llegado la obra de Benavente: *“Cualquiera lo sabe”*.

—Bonito título. ¿Obra de tesis?
—No; ligerita, alegre, optimista. De esas que los críticos importantes llaman *“de tono menor”*. Un asunto sin grandes complicaciones, que termina—¡genialidades del glorioso autor!—en cuatro bodas.

—Habrán contratado algunos actores...
—¿Para qué?
—Para interpretar la comedia de Benavente.

—No creo.
—Pues no me lo explico. Porque, la verdad, Mariano Azaña interpretando un personaje de Benavente... ¡me parece demasiada broma!

—Don Pedro Pérez Fernández ha traicionado a D. Pedro Muñoz Seca.

—¿Qué me dice?
—Lo que oye. Muy sigilosamente, a ratos perdidos, se ha escrito él solito una comedia.

—¿Pero es posible!
—Como se lo digo. Una comedia de gentes del *“bronce”*, de *“cañís”*, para que lo entienda

mejor. O si lo quiere usted más claro todavía, de gitanos.

—Pero ¿no habíamos quedado en que la exclusiva de las comedias de gitanos la tenían los Sres. Quintero y Guillén?

—Pues ya ve usted lo que son las cosas: el Sr. Pérez Fernández también ha escrito su obra de gitanos.

—¡Menuda se va a armar! ¿Y qué ha hecho con ella?

—Entregársela a Pepita Díaz de Artigas.

—¿Para que la estrene?
—Naturalmente.

—¡Malo! No me gusta nada Pepita Díaz de Artigas en tipos gitanos.

—¡Pobre Antonio Vico!
—¿Qué le ocurre?

—Que tiene muy mala fortuna esta temporada. Vea usted: después de *“Las desencantadas”*, de Honorio Maura, ha estrenado *“Entre la gloria y la suerte”*, de Manuel Vidal Rico.

—¿Y qué?
—Ni lo uno ni lo otro. La obra de este novel dramaturgo no le dará ni gloria ni fortuna.

—¿Es flojita?
—Bueno; la dejaremos en flojita. ¡Lástima de actor!

—¿Y lástima de actriz! Que también Carmen Carbonell es una artista muy excelente.

—El *“Oro y marfil”*, de Fontalba, parece que ha perdido quilates.

—¿Sí?
—Sí. En la Bolsa pública han empezado a cotizarse las *“acciones de butacas”* a tres pesetas.

—¿Y se venden?
—Algunas; pero, desde luego, menos de las que se necesitan para cubrir gastos.

—¡Vaya por Dios! Y ahora, ¿qué?
—Ahora... las esperanzas con vista a *“Amparo”*.

—Y *“Amparo”*, ¿quién es?
—La obra de Joaquín Dicenta y José María de Granada, que se ensaya *“a toda máquina”*.

—¿Gustará?
—Es posible que guste.

—¿Y si no gustase?
—¡Caray, me pone usted en un compromiso!

—¿Y si no gustase?, repito.
—Si no gustase... habría que montar enseguida otra de Hernández del Pino.

—¿Otra?
—Otra.

—¿Y si esa otra tampoco gustase?
—Si lo pone usted tan mal..., ¡tendrían que cerrar el teatro! Que no es posible emprender cruzadas de arte con semejante agobio pesimista.

—Si no es pesimismo. Es que... ¡Se dan casos! ¿Sabe usted?

—El maestro rectifica.
—¿Qué maestro?
—Guerrero. Parece que el cine no acaba de cuajar en el Coliseum y anda ya pensando en volver a dedicarlo a género lírico.

—Eso está muy bien. ¡Hay que proteger el arte nacional! ¿Y qué obras piensa montar el maestro Guerrero!

—Todas las del maestro Alonso.
—¡Admirable idea! ¡Y luego dirán que Jacinto no es buen compañero!

—Paradoja: Según una encuesta teatral que publica un diario madrileño, más de treinta autores tienen comedias entregadas a la compañía del teatro Benavente. Según José Isbert, director de la compañía del teatro Benavente, no tiene en su poder ninguna comedia representable... ¡Ateme usted esta mosca por el rabo!

—Y ahora que hablamos del teatro Benavente, ¿qué novedad se prepara en este coliseo?
—Una comedia de Luis Manzano; los ensayos van muy adelantados, y es posible, casi seguro, que se estrene antes de que este *“Diálogo”* logre ecos publicitarios.

—¿Comedia nueva?
—Por lo menos, será la primera vez que se represente.

—¿Dios haga que no sea la última!

—Sería injusto silenciar en estas columnas dos nombres insignes en estos días venturosos de



Rumbera mulata

honra a Fray Lope de Vega: Leandro Navarro y Adolfo Torrado.

—Tiene usted razón, sería injusto. Mencione-mos a Leandro Navarro y a Adolfo Torrado.

—Mencionémosles.
—¡Leandro Navarro! ¡Adolfo Torrado!... ¡Hip!, ¡hip!, ¡hip! ¡Hurra!, ¡hurra!, ¡hurra!

—¿Le parece a usted que mencionemos también a *“La Papirusa”*?

—No; a *“La Papirusa”* la dejaremos para el próximo número.

F E I T O

Aire de rumba y son de manigua

¿Qué viento ultramarino trae a Europa, sobre los hombros de olas del Atlántico, esta persistente melodía antillana que invade ya todos los *“music-halls”* del Viejo Continente y nos deja laxos, en un lánguido desperezo de siestas tropicales, después de habernos atacado, como un mal centroafricano, durante años, hasta descoyuntarnos, la tarántula de la *“música negra”*, que nos hacía retorcernos, pelécidos, en el fox y en el charleston, en el *“shimmy”* y en el *“cake-walk”* de principios de siglo?...

Es una sutil brisa insular, un rumor de fiesta campera en el bohío isleño, que vuela y se endulza entre las cañas, se encrespa, frenético, sobre las crestas marinas—que tienen también su rumba lúbrica, inacabable—y, sobrepasando los maletrones ásperos por donde venían, estandarizados, desde la alta América, los ritmos negros del *“jazz”*, fabricado en Broadway, viene a lamer, melodizándolas, las riberas europeas, donde ya todo parece soñar con el retorno a lo criollo, a lo mulato, como al más grato de los espectáculos exóticos. Entre la blancura aria y el negror de Luisiana o del Congo, se impone ya, felizmente, la gracia carterona de la habanera; vuelve a triunfar en París Offembach, con los aires cubanos de *“La Créole”*, mientras llena de aires de rumbas y sones de pregones las *“boites de nuit”* parisienses la música antillana del maestro Simons, autor de *“El Manisero”*; enloquece al público *“La Carioca”* desde el *“écran”* sonoro; en Madrid, en Lisboa, en Barcelona, Mercedes Blanco, la cálida rumbera de Guatabano, vuelve a encender de fiebre los ojos de los espectadores con sus rumbas inimitables, que le conquistan el título popular en todos los *“Cafés de la Marina”*, de *“Emperadora de Cuba”*, o el otro, más literario, de *“la Baker de las Antillas”*... Registremos con júbilo auténticamente hispanoamericano—de virreyes del coloniaje y de conferencistas de la españolidad como base de una política transatlántica en Ginebra—esta boga musical de lo cubano, bajo el signo de esa constelación coreográfica que forman los tres *“Diamantes Negros”*, y la que es sol negro de primera magnitud, esta Mercedes Blanco, que anima hoy nuestra página con plasticidades de rumba y aromas de manigua, entre la marimba y el güiro que alegraban las pajarrillas de nuestras abuelas cuando todavía no habíamos perdido las colonias...

“Peribáñez y el Comendador de Ocaña”

Mañana en el Capitol.

Accediendo a numerosos requerimientos, el Club teatral *“Anfistora”* ofrecerá de nuevo mañana, jueves, a las seis de la tarde, en la Sala de Espectáculos del Capitol, su notabilísima interpretación de la obra de Lope de Vega que tanto éxito alcanzó en las anteriores representaciones.

Para dicha función se han señalado precios populares.



CHARLAS MONUMENTALES

Ni en la paz de los sepulcros...

ALLI MISMO

Ahorremos el tópico. Mañana fría, glacial, de este febrerillo loco madrileño. Aracil, con sus magníficos trebejos fotográficos; yo, con las cuartillas y la estilográfica cargada en tinta de interrogantes. Un plan premeditado. "Hablar" con el ilustre cirujano español Dr. Rubio, en el lugar de piedra donde descansan los altos merecimientos de su inmortalidad. Allí mismo, en ese alto, frente a la sierra guadarrameña, muy cerca del Instituto que lleva su nombre, en aquel paraje preñado de alientos escolásticos. ¡Ciudad Universitaria, Escuela de Ingenieros agrónomos, Instituto de Seroterapia, Facultad de Filosofía! Allí, entre vaho de medicamentos, blancas tocas y azules capas de enfermeras; entre el ir y venir de graves profesores y jóvenes médicos, realidades presentes y esperanzas futuras. Allí, en el Parque del Oeste, ventana abierta a la salud de los madrileños; en el mismo altozano, pulmón saturado de aire puro; allí, en la subconsciencia de los hechos ultraterrenos, junto a la obra artística de Miguel Blay, recuerdo perenne de aquella gran figura

de la Medicina española, perpetuo ejemplo de trabajo consagrado a una profesión augusta y pocas veces agradecida.

Hasta allí hemos llegado. Con un deseo ferviente: el de enfrentarnos con el símbolo de una época de la Cirugía patria.

DIGA USTED, DON FEDERICO

Barba apostólica, mirar profundo, austera faz de serenidad. Un amplio levitón cubre su cuerpo, y una manta sus extremidades inferiores. Menos mal que el escultor tuvo el acierto de "abrigar" al insigne médico, porque el cierzo sopla por estas alturas que es una bendición.

En posición sentada reposa la severa figura del maestro. Hacia él otro símbolo se acerca: una mujer y dos niños; el más pequeño, en brazos de su madre, ofrece el maestro una flor; es la rosa de la gratitud, los pétalos del agradecimiento y la veneración.

En la piedra, base y sostén de las figuras, un nombre y un apellido, sin adjetivos de encomio, que para nada son necesarios. Federico Rubio. Y dos fechas: la vida y la muerte, 1827-1902. Y en su derredor, apellidos no menos ilustres: Olavide, Sánchez Toca, Letamendi, Asuero, Argumosa, Mata, Castelo...

—¡Diga usted, D. Federico!

Y el Dr. Rubio y Gali, ceceo andaluz en su parla reposada, nos tiende su mano, al tiempo que dice:

—¡Bien empieza el mes de febrero, compañero! ¡Dos catarros llevo cogidos ya! Este Madrid de mis buenos recuerdos, cuando dice: "¡frío va!"... hay que temerlo.

—Y usted, como buen andaluz...

—De la mismísima provincia de Cádiz; de ese pueblecito riente y "encalao" que se llama Puerto de Santa María. Allí nací hace ciento ochenta años, el día de San Cayetano, por más señas, y en una noche de calor que derretía los adoquines.

—¿Y cuándo vino usted a los Madriles?

—Lo recuerdo perfectamente. Fué a los veinticuatro años del día que vi la luz de mi pueblo; en el año 51, cuando me doctoré, porque la carrera la hice en la Facultad de Cádiz.

—¿Hasta entonces?...

—Mis aficiones de siempre: enseñar; magisterio quirúrgico; clases de anatomía, disección, patología, operaciones... Y política, y, dentro de ella, democracia, liberalismo, comprensión, tolerancia, oído a toda queja justa, al lado siempre del oprimido por la tiranía intransigente. Si supieras, compañero, los disgustos que me ha proporcionado este profundo arraigo de mis convicciones!

—Creo recordar—respondo—que en Sevilla...

Feliz memoria la tuya—me dice D. Federico, animando su rostro con una sonrisa de benevolencia—. En la tierra de la Giralda pretendí ser primer cirujano del Hospital Central. Hice las oposiciones, y el Tribunal me dejó sin la plaza. No es vanidad, puedes creerme, que jamás la tuve de mis méritos, que reputé siempre modestísimos; pero aquellos ejercicios famosos los gané en plena justicia. Los jueces, intransigentes con las ideas ajenas, no toleraron mi republicanismo.

—Y aquel tropiezo...

—¿Quién se acuerda ya? ¡Tantas injusticias he visto en el curso de mi existir, que puedes creer que no echo de menos el plano del mundo que tú vives! Estas soledades son el sedante mejor para mis luchas de entonces. Ahora, merced a este recuerdo de mis discípulos—¡qué buenos chicos todos y qué estudiosos!—, transcurre mi vida de piedra a la vera de esa casa que ves, compendio de todas mis ilusiones, confortado por la tangible realidad de los que no han olvidado mi nombre.

Don Federico acaricia su barba frasciscana, recoge la manta, a punto de caer, y continúa bondadoso con mi indiscreción.

EMBAJADOR EN INGLATERRA Y CIRUJANO SIEMPRE

Era el año 73. República en España. El Dr. Rubio es nombrado embajador en Londres. Llega a la capital de Inglaterra, y al poco tiempo adquiere notoria celebridad. ¿Como diplomá-

tico? ¿Como personaje político? Para bien de la ciencia y gloria de España. D. Federico no deja de ser en Londres el doctor Rubio, y como médico insigne, como extraordinario cirujano, se revela en tierra inglesa, ante el asombro de las británicas eminencias.

—¿Mucho tiempo por allí, maestro?

—¡Compañero de mis ducas! ¿Pero tú crees que un andaluz puede estar mucho tiempo sin ver el sol de España? En Londres, además de cumplir mis deberes en los asuntos que incumbían la diplomacia de mi cargo, asistí a las más importantes clínicas, aprendí las distintas técnicas operatorias, y cuando el caudal de mis conocimientos estaba considerablemente aumentado con las enseñanzas recogidas en Inglaterra y Francia, vine a mi tierra para dejar en ella el fruto de mi aprendizaje. Entonces me consagré por entero a la cirugía. Y practiqué por vez primera la ovariectomía. Y fui también quien antes que ningún otro hizo extirpaciones de matriz y riñón. Y siempre en continuo afán de trabajar, seguí mi camino quirúrgico, consagrado en cada acto operatorio a los más delicados cuidados técnicos y humanos que los que sufren requieren.

Estamos abrumados. Llevo mucho tiempo de charla con el maestro, y temo cansar su excesiva condescendencia para conmigo.

Don Federico adivina mi impaciencia y ataja con su fino andalucismo:

—No estás impaciente, muchacho. Yo también fui joven como tú, y todo me interesaba; pregunta lo que quieras, y no temos esta gravedad de pedestal que asusta un poco.

Me "agarro al cable", y, más tranquilo, continúo el interrogatorio:

—¿Y cómo fué, D. Federico, la fundación de ese magnífico Instituto, orgullo de España?

—De muy sencilla manera—responde—. Consecuencia lógica de la extensión dada a mis enseñanzas quirúrgicas. Tantos discípulos me rodeaban, que eran ya insuficientes las dos salas a mi cargo en el Hospital de la Princesa. Esto me hizo concebir el proyecto de crear una Escuela práctica de Medicina.

Así nació esa casa que ves desde aquí, aliento de mi vida, estímulo en mis desfallecimientos y ejemplo para los continuadores de mis lecciones. Esos muros llevan dentro mis propios latidos; en la capilla guardan mi cuerpo muerto, sólo mi cuerpo, compañero, porque mi alma está en todos los rincones del edificio. ¡Hay tan buena gente que prestigia mi nombre!! Botín, Carro, Navarro Blasco, Borso de Medina, Valls Marín, García Triviño, entre tantos, para no hacerte la lista interminable. Por aquí los veo muchos días. ¡Qué buenos chicos, qué estudiosos!

Y el maestro vuelve a repetir la muletilla del justo elogio, pronto a repetirlo siempre que se habla del cuerpo médico del Instituto Rubio y de la Escuela de Enfermeras de Santa Isabel de Hungría, otra organización del maestro, modelo de femina eficacia, puesta al servicio del dolor y la ciencia.

ADIOS

El mago Aracil "tira" la placa que certifica la verdad de este palique.

Don Federico, al observar los preparativos, le dice humorísticamente:

—Usted dirá si estoy bien así.

Y al mago del objetivo por poco se le cae la "Contax" al barro del paseo.

Unos segundos de "exposición". Ya está. El Dr. Rubio nos vuelve a tender su mano, esa mano que tantas veces guió el bisturí y exploró los recónditos misterios de las entrañas enfermas. Esa mano que dió la vida a tanto doliente; su mano amplia y noble de cirujano sabio.

La mano que ahora se mueve en expresión de despedida.

CON EL MEDICO Por el Dr. FERNANDEZ-CUESTA

La tragedia del niño en visita

Quien intente forzar el natural entretenimiento de un niño, distraído en sus juegos y en sus travesuras, podrá lograr su aspiración inmediata, pero será seguramente a costa de inmensos sacrificios, que más tarde producirán consecuencias a lamentar.—GRAY WARD.

Un niño en visita, desde el punto de vista higiénico, hace la misma falta que los perros en los templos. Exactamente la misma. Y perdóneme la manera de señalar, en aras de lo gráfico y contundente de la expresión. Absolutamente cierta.

¡Costumbre deplorable, halago ficticio, ridícula vanidad! Sófocles, Eurípides o Esquilo, firmarian muy a gusto la tragedia. Porque auténtica y verdadera tragedia es la que se produce en el tranquilo bienestar de un niño cuando, por imperativo de un mandato superior, es obligado—a conciencia que se le causa un malísimo rato—a ser blanco admirativo y objeto casi siempre de falsas alabanzas por parte de la visita recién llegada.

Y en favor de las criaturas escribo. En su defensa. Seguro, higiénicamente, de que a los niños hay que proporcionarles desde que nacen las mayores satisfacciones; convencido también de que muchas cosas, aparentemente sin importancia, tienen su origen patológico en esta serie de pequeñas causas que amenazan constantemente la vida de los chiquillos. ¡En recuerdo de aquellos ratos terribles en los que yo era entonces protagonista: muchos años, muchísimos, de separación, y como si fuese hoy para mi memoria! Porque el hecho sucede de esta manera...

Llega la visita, y a los pocos momentos, cuando ya se ha agotado hablar del tiempo—el servicio meteorológico es cantera inagotable para hilvanar la conversación—y de los muchos deseos que tenía de ver a los señores de la casa—no les hagan ustedes caso—, quiere también ver al niño. ¡Es tan mono!

La madre se resiste a la demanda—casi siempre las madres tienen más sentido práctico que los padres—; balbucea un pretexto, intenta una disculpa; pero el voto particular es rechazado: papá ordena, y a la llamada acude la doncella, a quien se le transmite el afán de los visitantes. ¡Grecia se conmueve!! El chiquillo, en sus habitaciones particulares, juega, sucio y churreto, la mayoría de las veces hecho un diablillo y sin gana que le distraigan en sus ocupaciones. Pero la sentencia es firme, y no admite apelación. Lo que sucede es que el niño se resiste a cumplirla; la doncella le obliga, y entonces el pequeño cambia la risa en seriedad, baja la cabeza, arruga la naricilla, empiezan los pucheros, y, al fin, el llanto desconsolador, con toda su espantosa intensidad. ¡La tragedia!

La madre, desde la sala, adivina la escena, y pide a la visita que la perdone un momento para ver qué le pasa al niño. Sale, y con mimos, halagos y maderías, logra callar al chiquillo; le enjuga las lágrimas, lava su cara, le pone un delantal decente, y aparece, orgulloso y ufano, con el crío de la mano. ¡Ya tenemos al niño en visita. Y enseguida comienzan las exclamaciones. ¡Qué hermoso! ¡Qué alto! ¡Cómo se parece a su padre!—todos los niños en visita se parecen a su padre—. Un verdadero chubasco de voces y elogios, que el chico no llega a comprender; pero como descarga entre gritos y aspavientos, le asusta y le obliga a buscar instintivamente la falda de su madre o los pantalones del padre, como sitio de refugio contra aquel chaparrón que cae implacable como caratata de palabras.

—¿Me das un beso, rico?... ¡Ay, qué serio se pone! ¡Uno solo! ¡Un besito! Y dale y vuelta; la criatura está ya loca; no entiende de aquellas voces, ni la explicación de por qué tanta insistencia en el ósculo; no sale de su asombro... ni del lado de la pobre madre, que prevé el final de la tragedia. El padre pone cara de circunstancias, vuelve a ordenar, y un poco que le empujan y otro poco que la visita avanza, el niño ofrece su carita para que en ella exploten como estruendoso tableteo de ametalladoras, besos y más besos, que el pobre crío es obligado a sufrir con resignación de martirologio.

Como todo tiene un término en la vida, al fin se ve libre; respira con amplitud, y sus carrillos, casi acardenalados y llenos de chafarrinones, vuelven a recobrar su primitivo color.

El niño mira a papá, a mamá, a la visita, vacilante, con temor, deseando correr; hasta que la providencia vela por él, y apenas oye la frase salvadora: "anda, vete a jugar", vuela como pajarillo que logra escapar de la prisión de su jaula.

Otras veces, y esto es todavía peor, el chiquillo tiene que recitar por fuerza una poesía, aprendida de modo mecánico, sin sentido ni comprensión de su contenido; cantar el último éxito teatral; responder en parla extranjera a las preguntas que se le hagan. ¡Un horror!

Y esto ha sido, es y, lo que es más triste, será, pues hay convencionalismos sociales tan ridículos como difíciles de desterrar las mismas causas que los producen.

El niño en visita no hará más que sufrir. ¿Por qué ha de crearsele deliberadamente un motivo funesto de contrariedad, cuando tantos tendrá que no puedan evitarse?

Tengan unos y otros, los que llegan y los que están, la necesaria prudencia para evitar a los niños, a quienes sólo alegrías deben rodearles, todo lo que pueda ser factor predisponente de padecimiento, porque sobre estas consideraciones que yo hago, de índole higiénica, lo más original del caso es que, si el niño no tiene ninguna gana de salir a la visita, menos aún tiene ésta de que el niño salga. Ténganlo por seguro.

Pero por quedar bien, por cumplir con el rutinario "¡qué dirán!", se repite y se repetirá, por los siglos de los siglos, el cuadro que he pintado tan a brochazos.

—¡Niño, dile algo a esta señora!

—¿...?

—Lo que tú quieras, guapo, cualquier cosita. ¡Anda, monín, no te hagas rogar!

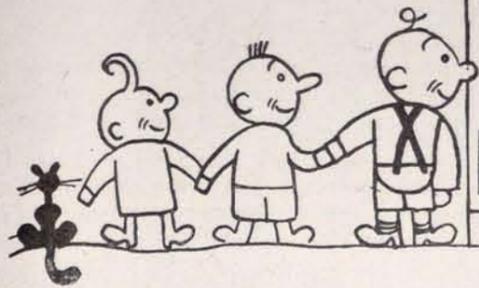
—¿...?

—Sí, lo que más te guste; esta señora te quiere mucho.

—Papá, ¿por qué dejas que entre el "coco" en casa?

—¡¡...!!

EL PAIS DE LAS HADAS PAGINA PARA TODOS LOS NIÑOS



NIÑOS DE ESPAÑA



Nemín Fernández-Cuesta

Ríos principales.

El Miño nace en Fuente Miña, provincia de Lugo; sirve de límite entre España y Portugal después de 275 kilómetros de curso.

El Duero nace en la sierra de Urbión (Soria), y desemboca cerca de Oporto, después de un curso de 900 kilómetros.

El Tajo nace en las lagunas de Ruidera (Albacete) y desemboca en Ayamonte, habiendo seguido un curso de 820 kilómetros.

El Guadalquivir nace en la sierra de Alcaraz (Jaén) y desagua en Sanlúcar de Barrameda, después de haber recorrido 579 kilómetros.

El Ebro nace en Fontibre (Santander) y desemboca en los Alfaques, siendo su curso de 870 kilómetros.

PUERTOS, FERROCARRILES, CARRETERAS, GOBIERNO

Lagunas.

Las principales lagunas españolas son: la Gallocanta, en Zaragoza; la Albufera, en Valencia; el Mar Menor, en Murcia; las de Ruidera, en Albacete, y la de Janda, en Cádiz.

Puertos de mar.

Los puertos de mar de mayor importancia son el de Barcelona, el de Tarragona, el de Valencia, el de Cartagena y el de Málaga en el mar Mediterráneo; los de Cádiz, Vigo, La Coruña y El Ferrol, en el mar Atlántico, y los de Gijón, Santander y Bilbao, en el Cantábrico. Es también muy importante el puerto de Las Palmas, en Canarias.

Principales vías férreas.

Los ferrocarriles principales son los siguientes:

- 1.º El de Madrid a Francia, o del Norte, por Irún.
- 2.º El de Madrid a Francia, o del Noroeste, por Zaragoza, Barcelona y Gerona.
- 3.º El de Madrid a Cartagena, o del Suroeste, con ramales a Valencia y Alicante.
- 4.º El de Madrid a Cádiz, o del Mediodía, con ramales a Granada y Huelva.
- 5.º El de Madrid a Portugal, por Badajoz.
- 6.º El de Madrid a La Coruña, con ramales a Santander y Asturias.
- 7.º La línea costera del Mediterráneo, que enlaza

Port-Bou con Murcia y pasa por Gerona, Barcelona, Tarragona, Castellón, Valencia y Alicante; y

8.º La línea costera del Cantábrico, que enlaza San Sebastián, Bilbao, Santander y Oviedo.

Carreteras.

Hay construídos más de 50.000 kilómetros de carreteras y unos 3.500 kilómetros de caminos vecinales. Las carreteras, según su importancia, tienen mayor o menor anchura, y se llaman de primero, de segundo y tercer orden.

Principales carreteras.

Las carreteras de primer orden son seis: la de Madrid a Francia, la de Aragón, la de Valencia, la de Andalucía, la de Extremadura y la de La Coruña.

Canales de riego.

Los canales más notables son: el Imperial de Aragón que toma sus aguas del río Ebro; el de Castilla, que las toma del río Pisuerga; el de Isabel II, que las recibe del río Lozoya y abastece a Madrid.

Clima.

El clima de España es frío en las altas mesetas de Castilla, caluroso en el Sur, bastante templado en las costas y variable en el Centro.

Religión, idioma y gobierno.

La Religión de la mayoría de los españoles es católica. Hay libertad de cultos para los demás.



(Continuación)

El idioma es el español, pero también se hablan el catalán, el valenciano y el mallorquín en las respectivas regiones.

El Gobierno de España es republicano.

NIÑOS DE ESPAÑA



Eduardo Bendala Lucot

NIÑOS DE ESPAÑA



Juliti de Nicolás Zabala

La capital.

La capital de España es la villa de Madrid, donde reside el Gobierno, bellísima ciudad de un millón de habitantes.

Ejercicios: En un mapa mudo de España trazar el gráfico de las grandes líneas de ferrocarriles.

Idem de las más importantes carreteras.

Regiones españolas.

España se divide en quince regiones, subdivididas en cincuenta provincias, de las cuales cuarenta y siete son peninsulares y tres adyacentes o insulares.

La división regional es más antigua que la provincial, y aun cuando afecta sólo actualmente a determinados aspectos (división militar y judicial, especialmente), la consignamos por el indudable valor histórico y geográfico que tiene.

Regiones peninsulares.

Las antiguas regiones peninsulares son: Cataluña, Valencia, Murcia, Andalucía, Castilla la Nueva, Extremadura, León, Galicia, Asturias, Castilla la Vieja, Provincias Vascongadas, Navarra y Aragón.

Regiones adyacentes.

Las regiones adyacentes están constituídas por las islas Baleares y las islas Canarias.

Las regiones españolas

CATALUÑA

La región de Cataluña comprende las antiguas provincias de Barcelona, Tarragona, Gerona y Lérida. Tiene de superficie 32.000 kilómetros cuadrados, y una población de tres millones de habitantes.

Producciones e industrias.

Cataluña es una región industrial y comercial, y en ella la agricultura y la ganadería representan una riqueza cuantiosa; los talleres de maquinaria, las fábricas de tejidos de hilo, algodón, seda y lana; los productos químicos, los metales y la hulla dan origen a una industria pujante y a un comercio floreciente.

(Continuará)

Tikehau es una de las islas menores del Archipiélago de las Tuamotus—solamente tiene veinte kilómetros de circunferencia—, de modo que, en menos de una hora más, apenas la distinguimos ya detrás de la estela del barco, perdiéndose en medio de las nubes bajas del horizonte.

Ahora apenas nos separan unas ciento cincuenta millas de Tahiti, y como no debemos llegar de noche, ya que la entrada de la laguna en la obscuridad es poco recomendable, se reduce la velocidad del barco para que nuestra arribada coincida con la luz del día.

Había comprensible interés por no perder la llegada a Tahiti, de modo que casi todos los pasajeros se levantaron antes del amanecer. Ya, durante la noche, en los camarotes, a través de los ojos de buey abiertos, penetraba algo característico que anunciaba inconfundiblemente la proximidad de la isla de Loti: el viento traía a largas millas de distancia unos suaves efluvios de flores y, entre ellos, el más dulce de todos: el perfume de la "tiare", que nos brindaba el primer saludo del "Paraíso Terrenal". Como había una buena luna, aun antes de la llegada de las primeras luces del alba se podía ya distinguir algo. De la obscuridad de la noche, sobre el cielo estrellado, surgían, más oscuros aún y agudamente recortados, altos e irregulares picos, y al pie de ellos centelleaban unas tenues luces: las calles del pueblecito de Papeete.

A las cuatro el vapor detuvo su marcha, a unos cinco kilómetros del arrecife, a la espera de que aclarara. Cuando aparecieron los primeros albores, la silueta de la isla se recortaba cada vez más clara, y los contornos de los picos de las montañas empezaban a colorearse con los débiles rayos que se asomaban detrás de ellos por el naciente. Se empezaba a distinguir la verdeante vegetación en sus laderas, en contraste con la negrura pelada de las rocas en las cumbres más altas. A la derecha, aunque a una distancia de más de quince millas, se erguían, altísimos, los picos de Mures, la isla hermana de Tahiti. El vapor volvió a caminar, despacio, hacia el "paso", señalado por dos luces rojas de enfilación en tierra. El arrecife, a flor de agua, no se distinguía aún a esa distancia, y las numerosas embarcaciones que estaban fondeadas frente a Papeete parecían ancladas en mar abierto.

Los últimos días de viaje a bordo del "Maunganur" fueron de intensa impaciencia. Los juegos de cubierta, la pileta de natación, las charlas con los compañeros de travesía y hasta la lectura misma habían perdido su encanto ante la grande expectativa de llegar.

El tiempo seguía magnífico, y las puestas de sol eran, cada tarde, verdaderas maravillas de exuberante colorido. En estas regiones, como consecuencia de la constante humedad del aire, hay siempre, aun en los días más despejados, un denso conglomerado de nubes en el horizonte, lo que hace que el sol se ponga siempre en medio de una atmósfera vaporosa, que recibe y aumenta los colores con una variedad y riqueza que llegan a hacer la desesperación del pintor más "colorista". Quienes han contemplado puestas de sol en el Pacífico tropical miran con cierta conmiseración los mediocres fenómenos que acostumbramos a admirar en otras regiones.

Un noveno día, a la víspera de nuestra llegada a Tahiti, debíamos pasar a la vista de Tikehau, una de las islitas del grupo Tuamotu, que se encontraba justo en nuestro camino. La expectativa era grande entre todos los pasajeros, y por dos causas: primera, porque después de tres mil quinientas millas de mar abierto, la aparición de cualquier tierra, aunque no fuese más que un minúsculo islote de coral, significaba un considerable acontecimiento; luego, porque la vista de Tikehau importaba también nuestro primer contacto con ese mundo soñado y fantástico: las islas de Oceanía.

Las muy numerosas islas diseminadas en las inmensidades del Pacífico se dividen en dos grupos principales: las coralíferas y las de formación volcánica. Estas últimas son, indudablemente, las más interesantes desde todo punto de vista. Surgen desde las grandes profundidades del Océano, y sus montañas alcanzan varios miles de metros de altura. Su tierra es de gran fertilidad, y con la cooperación del clima excepcional, se produce una vegetación lujuriosa. Las islas de coral son mucho menos majestuosas de aspecto, y la vegetación también es más modesta en ellas. Son formadas por un cerco de coral, circular o elíptico, que surge, casi a pique, desde profundidades de cinco o seis mil metros, y sobresale apenas a unos pocos pies de la superficie de las aguas. Dentro del cerco se halla la "laguna", el mar interior, de grandes profundidades también, pero de aguas siempre tranquilas, ya que el arrecife de coral que corre todo alrededor transforma la laguna en un puerto natural admirablemente protegido por todos los lados. En el cerco de coral, que, según el tamaño de la isla, tiene una circunferencia de tres a trescientos kiló-

metros y un ancho de diez a dos mil metros, existen uno o varios "pasos", angostas aberturas que hacen comunicar la laguna con el Océano. Es la "boca del puerto", por el que entran y salen las embarcaciones, maniobra no siempre fácil, ya que con los cambios de marea se producen entre la "laguna" y el Océano en estas angostas bocas unas corrientes de aguas que a veces alcanzan una velocidad de quince millas por hora. Sobre el cerco mismo, de tierra más bien pobre, crece la vegetación que sustenta a los pocos habitantes huma-

gráficos bajo la denominación de Islas Bajas, o de Archipiélago Peligroso.

Las islas de formación volcánica dan la impresión de un perfeccionamiento sobre las de coral. Tienen ellas también un cerco de arrecife de coral en derredor, formando el rompeolas natural más estupendo, que detiene la larga onda del Pacífico e impide que sus playas sean destruidas por el embate incesante de las olas; tienen también su "laguna", o mar interior, entre las playas y el cerco de arrecife, que forma un anillo alrededor de cada isla, laguna de aguas tranquilas y de un azul verdoso incomparable, con una transferencia cristalina que permite ver con toda claridad la más maravillosa variedad de flora y fauna acuáticas a muchos metros de profundidad; tienen también sus "pasos", que son la entrada y salida de estos magníficos puertos naturales; y tienen, además, el núcleo, en medio de todo esto, la isla propiamente dicha, con su primera franja, playas y cocoteros; su segunda franja, de leves colinas cubiertas de infinidad de árboles frutales, y su centro, formado de altas montañas de abruptos picos, pero con verdeante vegetación hasta en sus cumbres, de varios metros de altura.

A la hora para la cual el capitán había anunciado la aparición de tierra, todo el mundo a bordo escudriñaba el horizonte con impaciencia. Y pronto las anteojos llegaban a divisar, por la amura de babor, una larga y angosta franja verde: era Tikehau, nuestra primera isla de Oceanía. Con la marcha rápida del barco, pronto empezaron a aparecer los detalles: la verde vegetación y las siluetas características de los cocoteros, con sus esbeltos troncos, tanto erguidos como perezosamente inclinados hacia un lado o el otro, con sus frondosas copas que se ondeaban suavemente en la brisa de los alisios y de entre las cuales parecían sonreír las jugosas nueces, "helas", fuera de nuestro alcance entonces. Por encima de las plantas más bajas se empieza a distinguir la "laguna", encerrada en el anillo de coral; sus aguas son tranquilas como un espejo y centelleantes bajo el brillante sol, con un color azul verdoso de cristal tallado. Algunos pequeños islotes aparecen sembrados en la "laguna", también profusamente poblados de vegetación. Como estos "atolls" se levantan abruptamente de enmedio de las grandes profundidades del Océano sin transición, los barcos pueden acercarse a varios metros de sus playas sin que la sonda acuse fondo. Nosotros también pasamos a menos de un kilómetro de la orilla, y llegamos a distinguir algunas fomas humanas desplazándose a lo largo de la playa, y, más allá, una figura bronceada remando en su característica canoa de tronco excavado, con el balancín a un lado para darle estabilidad; hemos divisado, por fin, aunque a distancia, al primer maorí en su propio elemento. Pronto aparece el "paso", una angosta abertura en la cintura de coral, por la que la laguna comunica con el Océano; la entrada y salida para la gente del "atoll".

Reinaba calma chicha, como casi siempre, en las madrugada polinésicas, y el agua, de una transparencia extraordinaria, parecía una espesa capa de vidrio fundido. Siguiendo la guía de las dos luces rojas, cuyos pilares también se reconocían ahora en la claridad creciente, el vapor adelantaba lentamente hacia lo que pronto se distinguió como el "paso": una angosta abertura, de apenas unos cien metros, marcada por sus aguas tranquilas, en medio de sus dos franjas blancas de rompientes sobre la cintura de arrecifes, a la derecha y a la izquierda.

Una vez dentro de la laguna, a pesar de una profundidad de quince o veinte metros, se podía distinguir claramente el fondo a través de las aguas de maravillosa transparencia. Peces, grandes y chicos, pasaban unos pausadamente y otros presurosos, pero sin mayor temor a la mole que se deslizaba y penetraba en sus dominios. Entre los verdes follajes de la ribera se asomaban techos pintados de rojo vivo—las alegres casitas del pueblo de Papeete, perdido en medio de una exuberante vegetación—. El muelle negreaba de gente, a pesar de la hora temprana; pero no era la muchedumbre que espera la llegada de un gran contingente de viajeros, ya que era yo el único pasajero para Tahiti. Es que la llegada en sí de un vapor es un gran acontecimiento aquí, puesto que solamente pasa uno cada cuatro semanas.

Apenas estuvimos atracados, subió a bordo un enjambre de muchachos en busca de los equipajes. Como eran más de cuarenta, y yo solamente traía unos quince bultos, los tomaban cada uno de ellos entre dos o tres y los llevaban a tierra en medio de alegres risas y cantos, y todo ello por el mero placer de hacer, pues no son changadores, ni aceptan propinas; son, simplemente, alegres maoríes, a quienes toda novedad encanta, y que hacen todo por el placer del momento y por el gusto de ser agradables con los recién llegados. Por suerte, me habían prevenido ya a bordo de esa costumbre; si no, hubiera podido ofenderlos con la oferta de alguna propina, para ellos denigrante.

TAHITI POR ZOLTAN DE HAVAS



nos y animales de estas islas, y consiste principalmente en palmeras de coco. El cocotero es una planta particularmente aficionada al mar, de cuyas orillas no se aleja, y donde más feliz prospera es en las playas, con sus raíces casi bañadas en las olas. Pero, con palmeras y todo, estas islas de coral son tan bajas—treinta o cuarenta metros a lo sumo sobre el nivel del mar, contando también la altura de las plantas—, que no se divisan sino a muy corta distancia. Y como aun hoy día hay muchas de ellas cuya situación no es muy precisa en las cartas marinas, constituyen una seria preocupación para los navegantes. El grupo de las islas Tuamotu—también llamado Paumotu—, todas de formación coralina, en número de unas cuarenta, que se extienden sobre una superficie de, más o menos, seis mil millas cuadradas de Océano, también figura en los atlas geo-

Pantalón de franela blanca y jersey de lana blanca.
Echarpe de terciopelo anaranjado y marrón.

Modas

Cortes de París por Madeleine Millet

MODELOS DE VERA BOREA
EXCLUSIVOS PARA "CIUDAD"

Hace ya varios meses que ustedes sueñan con las cuestas immaculadas y resplandecientes de esos montes en cuyas faldas sus "skies"—este magnífico deporte que nos viene de Suecia y de Noruega—les conducen a una marcha vertiginosa, a ese deslumbramiento mágico en que nos sumerge este blanco milagro del invierno, que se manifiesta en su múltiple esplendor. En esta época, cada cual encuentra en la montaña lo que más conviene para su gusto. El que busca un reposo moral y físico, lo encuentra, pues la montaña está bastante alejada de los centros tan poblados como son los diferentes puntos balnearios, continuamente invadidos; además, se respira el aire vivificante y límpido del invierno, exento de todo polvo y microbios, y uno se fortalece bajo los efectos de un sol resplandeciente. Y mientras que la llanura se ve sumergida en un mar de niebla densa, en la montaña el sol brilla durante meses y meses, bajo un cielo siempre azul. Una estancia en invierno en estas magníficas altitudes es para la salud física y moral un gran reconfortante para todo el año, y es por eso que cada vez es mayor el número de personas que se dedican a este sport. ¿No es ésta una de las pruebas más grandes del progreso moderno?

El deportista encuentra condiciones naturales ideales para ejercer su arte, bien que se trate de "ski", de "ski-jöring", o bien de un trineo o de "bobsleigh". Y, naturalmente, como la coquetería continúa reinando en todas las señoras, éstas aprovechan siempre la ocasión para llevar vestidos a la última moda y, por cierto, elegantísimos.

Este año, pues, la moda deportiva es más encantadora que nunca, con su línea juvenil y delgada y con su paleta de colores vivos. Si los colores clásicos y oscuros, como son el azul, el marrón y el verde, dominan como base en el traje deportivo, y si, por otra parte, el negro es el más adoptado, es, sin embargo, un verdadero agrado el ver, de vez en cuando, entre todos estos colores oscuros una hermosa silueta vestida de un color claro, pues el conjunto de lo blanco y gris-beige vuelve a la moda, y parece que gana un poco del terreno que había perdido durante las últimas temporadas; pero no hay que olvidar que se tiene que ser muy delgada para permitirse semejante fantasía.

Lo más "chic" es llevar el verdadero pantalón de hombre. Sin embargo, si usted es alta y delgada, no debe titubear en ponerse los "knickers", que tienen un gran éxito. Estos "knickers" deberán ir acompañados de medias de lana gruesa y de polainas de tela espesa, de color claro. También se ve mucho el traje noruego, traje exclusivamente clásico y que es muy adecuado para una mujer baja y algo gruesa.

El "chandail" es casi lo que más se lleva, y deberá ser de lana, de un color vivo—hay predilección hacia el rosa y anaranjado—, mangas largas, cuello doble enrollado, en lugar de echarpe. En lugar del "chandail" se lleva también una camisa de franela, de color, lisa, rayada o escocesa. Encima del uno o de la otra se pondrá una blusa de piel, de pecari o de gamuza, o también de tela impermeable. Asimismo, la chaqueta de lana, adornada con cuero, es muy bonita, y no menos elegante es la chaqueta de piel lisa.

Según sea el conjunto, se puede llevar una boina de gamuza, de pecari o de cuero, una cofia o un gorrito de tricot de varios tonos. Algunas elegantes llevan graciosamente una toca hecha del mismo género que el pantalón, o una "gorra" con visera.

Los guantes, que son de gran importancia en la indumentaria de este deporte, deberán ser de tricot, semejantes a la boina. Los "mouffes" deberán ser de tela o cuero impermeabilizados, y del mismo tono que el traje.

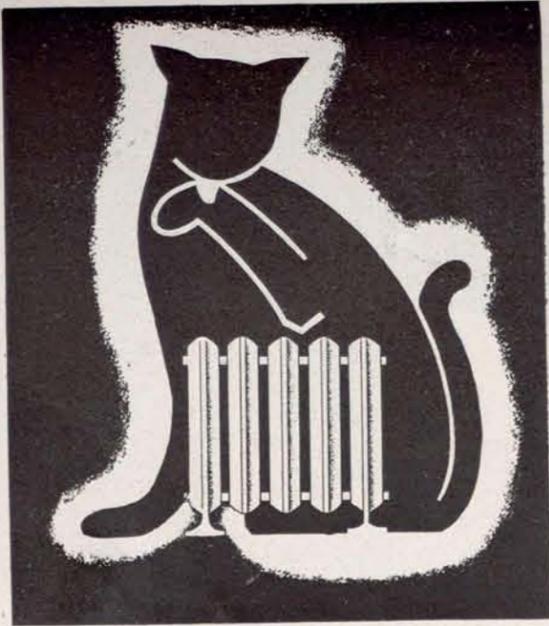
Están todavía a la moda los echarpes de tricot; pero la última palabra en la elegancia del montañismo es un pañuelo de cachemira de lana anudado alrededor del cuello.

Y desde aquí yo veo, coquetonas lectoras, sus graciosas y elegantes siluetas, de colores armoniosos, destacarse del espeso manto blanco.

Servicio de modas de París, exclusivo para CIUDAD

Vestido de franela verde.
Blusa de terciopelo anaranjado.





CALEFACCION, REFRIGERACION
Y VENTILACION
Boetticher y Navarro
S. A.
Zurbano, 67.-Teléf. 40070
MADRID

Los "Cock-tails" de Talavera

DEVEY "FLIP"

Póngase en la "cocktelera" un poco de hielo picado.
Una cucharada de azúcar.
Una yema de huevo.
Media copa de marrasquino.
Media copa de Oporto blanco Sandeman.
Agítese bien; se pasa al vaso de "cock-tail" con un poco de nuez moscada.

CHRISTMAS PUNCH BITY PARA 20 PERSONAS

Póngase en una ponchera una hora antes de servirse:
Medio litro de marrasquino.
Medio litro de vino Madera.
Medio litro de curaçao rojo.
Medio litro de jarabe de plátano.
Una botella de vino del Rin.
Cuatro limones exprimidos.
Diez rajas de pepino.
Diez rajas de naranja.
Diez rajas de plátano.
Ochocientos gramos de fruta, cortada muy fina.
Se pasa a una heladora durante una hora, y cada quince minutos se mueve con una cuchara de madera, con mucho cuidado de no romper la fruta, y a los cincuenta y cinco minutos se rocian tres botellas de champagne Dry Clicot en el contenido. A los sesenta minutos sírvase en las copas de champagne.

FABREGAS "COCK-TAIL"

Póngase en un gran vaso de cristal un poco de hielo picado.
Un tercio de copa de curaçao rojo.
Un tercio de copa de Dry Gin Martini.
Un tercio de copa de vermouht Martini, blanco.
Agítese bien; se pasa al vaso de "cock-tail" con una corteza de limón y una guinda.

"WHISKY" CRUSTA

Bordéese la copa de "cock-tail" con una raja de limón y azúcar.
Póngase al fondo una corteza de limón y una fresa.
Aparte, póngase en la "cocktelera" un poco de hielo picado.
Tres gotas de Angostura.
Seis gotas de curaçao.
Ocho gotas de marrasquino.
Un cuarto de limón, exprimido.
Media copa de "whisky" Long Tohn.
Agítese bien. Se pasa a la copa antes preparada.

CHAMPAGNE GABLER

Póngase en el vaso de refresco un poco de hielo molido, una cucharada de azúcar, 150 gramos de fruta cortada muy fina, un cuarto de limón exprimido, seis gotas de curaçao, un cuarto de copa de coñac, un cuarto de copa de marrasquino y una raja de naranja.
Llénese de champagne Dry Cliquot.

GIN FIZZ

Póngase en la cocktelera un poco de hielo picado, una cucharada de azúcar, medio limón exprimido y una copa de Gordon Gin.
Agítese bien, se pasa al vaso de refresco, llenándose de agua Borines.

PEDRO TALAVERA



UN CENTENARIO

Mendeleieff, el hombre que señaló propiedades de los cuerpos que aún no se habían descubierto

Decía Emilio Faguet que cuando un autor cualquiera "entra en la escuela", es decir, cuando su doctrina o arte entra a formar parte de los programas de estudios, deja de leerse. Y, apenado por lo que ocurría con Platón, de quien el comedió francés sólo tenía vagas nociones escolares, escribió un libro que tituló subjetivamente "Para que se lea a Platón".

Otro tanto podría decirse de los escritores u hombres de ciencia a quienes se recuerda en ocasión tan desprovista de sentido como es la de cumplirse un número determinado de años de su nacimiento o de su muerte. Un relámpago ilumina entonces la vida y obra del autor, y el interés del momento se manifiesta en una serie de detalles puramente circunstanciales: se hacen ediciones de sus obras, se publican biografías y los periódicos traen extensos artículos conmemorativos, a base de una somera información de diccionario enciclopédico. Pasado ese instante, el autor vuelve a entrar en el olvido de los anaqueles de una biblioteca erudita.

Las sociedades científicas del mundo entero han recordado hace pocos días el centenario de Demetrio Ivanovich Mendeleieff, el químico que nació hace cien años en un rincón de Siberia, y cuyo genio habría de dar a la humanidad una sensación casi divina de la inteligencia. Cuando se analiza la labor de prodigio que realizó este sabio eslavo, el espíritu queda sobrecogido de admiración. No se trata ya de la "larga paciencia" con que se ha querido definir al genio: se trata de algo puramente especulativo, de una concepción científica, que, aunque basada sobre endebles comprobaciones y fenómenos, tiene un vuelo que sobrepasa el de la más exaltada imaginación.

Tratemos de dar una idea "periódica" de la famosa "escala" de Mendeleieff.

En muchas ocasiones se había intentado hacer una clasificación de los elementos, sin encontrar para ello un punto de apoyo lógico y racional. Mendeleieff no solamente lo halló, sino que, además, dió a los elementos una clasificación *periódica*, es decir, que los agrupó de acuerdo con su valor atómico. Dicho en otros términos, clasificó a los elementos según su parentesco, ni más ni menos que si se tratara de la escala zoológica, dentro de la cual, como se sabe, los seres vivientes están clasificados de acuerdo con su complejidad creciente. Encontró Mendeleieff que, dentro de su clasificación, había algunas casillas que no correspondían a ningún cuerpo conocido. Y esto, que hubiera hecho desistir a cualquiera que no tuviese su firme convicción, lo llevó a comunicar a las academias científicas su creencia de que aún faltaba aislar una serie de cuerpos ignorados, cuyas características y propiedades señaló con maravillosa precisión.

¿No era esto realmente extraordinario? Bien estaba, por ejemplo, que el análisis espectroscópico revelara en los otros astros la existencia de elementos que eran desconocidos en la tierra: tal el caso del helio, que fué descubierto antes en el sol que en nuestro planeta. Pero había mucha audacia en sostener la existencia de elementos que ni siquiera se habían "visto" en los astros. Y las investigaciones comprobaron las previsiones de Mendeleieff. Poco a poco los cuadros vacíos de su escala se fueron llenando con el descubrimiento de nuevos elementos. Y en cada uno de los casos, la ciencia pudo comprobar que la característica y las propiedades de los nuevos elementos eran las mismas que Mendeleieff había señalado. Esos elementos fueron bautizados por él, en 1869, con los nombres de eka-aluminio, eka-boro y eka-silicio; pero no fueron descubiertos sino años más tarde, y rebautizados con los nombres de galio, escandio y germanio, respectivamente.

La ciencia, día a día, trae nuevas y prodigiosas comprobaciones de la teoría del sabio ruso; pero estas comprobaciones se relacionan con los electrones y la teoría de los "cuanta", temas demasiado abstrusos para ser tratados aquí. Limitémosnos sólo a citar los siguientes párrafos del gran químico francés Wurtz, quien se expresó así de la obra de Mendeleieff:

"Esta clasificación no se limita a conseguir ciertas analogías, sino que considera el conjunto de las propiedades físicas y químicas. Esta clasificación es simple en su principio y fecunda en sus consecuencias. Todos los elementos están ordenados en un solo cuadro. Se advierte que las propiedades se modifican gradualmente con el crecimiento de la masa atómica; pero esas modificaciones no progresan de una manera continua desde el primer término hasta el último, sino que recorren varios ciclos o períodos. Es una poderosa síntesis y, de ahora en adelante, será necesario tener en cuenta la escala de Mendeleieff cada vez que se trate de clasificar los cuerpos según sus propiedades o sus reacciones o, en una palabra, cada vez que se quiera contemplar la química desde arriba y en su conjunto."

SILVETRE OTAZU.

Paraísos de los obesos

Contrariamente a los civilizados, que, por regla general, prefieren la esbeltez y las líneas armoniosas a una corpulencia desbordante, los pueblos primitivos optan en un sentido contrario y manifiestan un gusto muy pronunciado por la obesidad.

En las islas Hawai, por ejemplo, nadie puede llegar a convertirse en jefe de una tribu sin ser muy gordo y adiposo, primera condición exigida a quien aspira al respeto y a la sumisión de los demás. ¿Cómo, en efecto, podríais atraer la admiración de vuestros súbditos sin haber alcanzado previamente un volumen que los deje pensativos? En esos pueblos, las mujeres ponen también todo de su parte para llegar a un peso considerable, prueba perentoria de una superioridad social. Eso de ser delgaducha queda para las mujeres sin alcurnia, para las pobres, que para vivir deben trabajar de la mañana a la noche. Por el contrario, la mujer rica no tienen nada que hacer. Es por eso por lo que el verdadero rango de una hawaiana se lo reconoce por su peso. La obesidad de las mujeres en ese país se confunde, pues, con el ideal de la belleza femenina, ya que una hawaiana demasiado delgada corre el riesgo de no encontrar nunca marido.

En las islas de la Lealtad se encuentra el mismo prejuicio en favor de la obesidad. Pero en este caso, por lo menos, el fenómeno se explica porque, habiendo sido antropófagos los antepasados de los indígenas, ha quedado la costumbre de juzgar de la belleza humana de acuerdo con el valor alimenticio del individuo. Habiendo renunciado desde hace dos generaciones a la antropofagia, los habitantes de las islas conservan, sin embargo, quizá por atavismo, su predilección marcada por los obesos. Se observa, así, que mientras los misioneros gordos y obesos obtienen grandes éxitos entre ellos, los flacos son objeto de burlas y sarcasmos. Un cura regordete, o francamente obeso, se les aparecerá como "un verdadero hombre de Dios", bendecido por el cielo; en tanto que uno flaco lleva consigo, por el solo hecho de su flacura, el signo revelador de su desfavor ante el Señor.

"Un cura que tenga, por lo menos, dos veces más vientre que un alcalde holandés": he aquí el santo que realmente puede imponerse a esos melanesios. A su entender, un vientre voluminoso es una garantía de salud y buen apetito, dos gracias particulares del cielo. Por otra parte, el hombre que come mucho da pruebas de serenidad y de buena conciencia. Como su digestión es lenta, ella lo incita a sabias meditaciones, de las que su saber saldrá acrecentado y profundizado.

En la India ocurre otro tanto. Para ser bella una mujer tiene que ser ante todo gorda y de carnes abundosas. Según el libro del Manú, que es en este país el verdadero código de todo lo relacionado con el amor, cualquier joven deseoso de casarse y de conservar mucho tiempo a su mujer, hará bien en elegir una compañera "cuya gracia no ceda en nada a la de un elefantito." Esta comparación habla bien a las claras del ideal de la belleza femenina en los bordes del Ganges.

La misma manera de ver preside en Arabia. Se dice que la esposa de Mahoma fué de tal corpulencia, que sus piernas terminaron por no poderla sostener. Por esta razón ella debía ser constantemente sostenida por dos esclavas. El ideal árabe, en cuanto a la belleza femenina, se inspira en ese modelo. Parece que la leche de camello predispone a la obesidad. El caso es que esta leche es muy solicitada por las mujeres árabes, y hacen de ella un consumo enorme. Es el principal producto de la belleza.

Numerosas tribus africanas consideran la obesidad como un privilegio real. Los malabelos, en África, estiman que es un provocación, un desafío lanzado al jefe, cuando un súbdito se permite engrosar y atribuirse un "vientre de rey". Dejarse engordar así equivale a un acto de sedición. El rey debe reaccionar en tiempo oportuno, antes que los descontentos del lugar tengan ocasión de reunirse alrededor de esta nueva panza provocadora y facciosa.

Un jefe de tribu que se respete y desee realmente ser amado por los suyos no debe hacer otra cosa que comer bien. Hecho esto, ya no tiene más que hacer que acostarse y engordar más. Y las mujeres del jefe, para ser respetadas, no tienen más que seguir su ejemplo. He aquí lo mejor que se ha encontrado para consolidar la situación de una monarquía. Un rey muy gordo, envidiado por las tribus vecinas; un rey inflado y gordo, hasta el punto de que ya no pueda caminar; un rey a quien sus súbditos llevan en palanquín: he ahí algo que hará a un pueblo orgulloso. El jefe que haya alcanzado los doscientos kilos será a los ojos de sus súbditos negros un monarca excepcional, una especie de Felipe II... Basta que sus mujeres sean también muy gordas y todos los dignatarios de la corte de un volumen respetable, para que conciban un orgullo insolente y aplasten a las tribus vecinas cuyos jefes sean menos pesados, sus damas menos adiposas y sus cortesanos menos obesos.

DANGENS NYHEDER.

Copenhague.

El "Kalevala" y Angel Ganivet

Para que un poema de carácter nacional mereciera el calificativo de épico, los retóricos exigían una serie de condiciones. Si el poema no las reunía, quedaba sin su correspondiente etiqueta, descalificado e inominado. Pero los pueblos que poseen un poema nacional, aunque no reúna esos requisitos, se dan por bien servidos, siempre que el poema les satisfaga o vean en él una encarnación de los vicios y virtudes de la raza.

En este caso debe encontrarse el poema nacional de los finlandeses, el *Kalevala*, cuyo centenario el pueblo se apresta a celebrar con toda la solemnidad del caso. Parece extraño que existan poemas épicos que apenas tengan un siglo de existencia, ya que este género literario obedece, por lo general, a una tónica muy anterior al siglo XVII. Por de pronto, el Romanticismo, con su cansancio de la guerra, su individualismo, que tan mal se avenía con la disciplina colectiva del ejército, su anhelo de vida de hogar, le dió un golpe de muerte a la epopeya y creó el gusto por la novela, que alcanzó en el siglo pasado su culminación. Después de la experiencia de Napoleón no estaba el pueblo para oír el relato de gestas tremebundas, él, que tanto había tenido que soportar las consecuencias de la guerra.

Lo cierto es que el poema nacional de los finlandeses tiene solamente cien años de existencia. ¿Es, entonces, una excepción? No. El *Kalevala*, aunque publicado en 1835, tenía una vida varias veces secular. Razones políticas impidieron al pueblo darlo a la estampa en la forma orgánica con que hoy se lo conoce. Sometido durante largos años a la dominación sueca, soportando el yugo escandinavo, que tiene fama de ser severo y duro con sus subordinados, el finlandés vió en el traspaso de su soberanía a Rusia, a comienzos del siglo pasado, una verdadera liberación y se decidió entonces a recopilar las *runas* que conservaban en su fiel memoria los hombres del interior y del Norte.

Empresa de tanto aliento llevó a cabo un hombre de humilde condición, Elías Loennrot, hijo de sastres—los sastres en Finlandia deben cortar y coser pieles, en lugar de paños—, que, llevado por su amor patrio, sacrificó su juventud para poder graduarse de médico. Pero su profesión sólo le sirvió para encontrar un medio de vida que le permitiera dedicarse más fácilmente a su gran pasión: el estudio de los usos, costumbres y del lenguaje de los fineses. Toda su larga y fecunda labor lleva un hondo sentido nacionalista: fijó literariamente el lenguaje, estudió su evolución y consagró excelentes tratados a la hechicería y la medicina mágica de los lapones. Su pueblo supo agradecerle y le costeó largos y fecundos viajes al Septentrion y al este del país para que pudiera completar sus investigaciones.

Ha sido un español, el hombre más representativo de la llamada generación del 98, Angel Ganivet, el primer extranjero que leyó el "Kalevala", y dejó acerca de este poema un interesante estudio en sus "Cartas Finlandesas". Como nos es imposible transcribir el interesantísimo estudio de Ganivet, nos limitaremos a citar sus párrafos esenciales, y ver cómo aplica a esta exótica epopeya su teoría del espíritu territorial.

El asunto principal de estos primitivos cantos épicos—escribe Ganivet—era la lucha entre dos regiones del país: una, al Sur, Kalevala, era como la representación de Suomi o Finlândia; otra, al Norte, en Lapponia, era el reino de las tinieblas, en territorio de Pohja o Pohjola; y todos los combates tenían un motivo céntrico, giraban alrededor del molino de Sampo, que era un símbolo de la dicha humana, y que, aun después de desvanecerse en el mar, continúa dando días de felicidad a Finlandia. Ligados a este argumento, había numerosos cantos episódicos, como el de la creación del mundo, el de Joukahainen, el de Aino, el de Kullervo, etc.

Comienza el "Kalevala" nada menos que por la creación del mundo, la cual es explicada mediante un esbozo o embrión de teogonía, que participa a la vez de la mitología aria y del panteísmo brahmánico. En un principio, el universo estaba poblado de divinidades: el más grande entre los dioses era Ukko, especie de Júpiter, y la primera de las diosas, Akka, muy semejante a Ceres. No existía la tierra, pero sí el agua, el mar. Una de las diosas, llamada Ilmatar, hija del Aire Azul, símbolo de la pureza y de la luz, descendiendo del cielo y se hundió en el mar, donde vive largo tiempo sola, hasta que, ansiosa de volver a su antigua morada, pide auxilio a Ukko, el cual le envía un pájaro, que, no hallando donde posarse, hubiera volado eternamente sobre la superficie de las aguas, si la piadosa doncella Ilmatar no hubiera tenido la idea de sacar las rodillas y ofrecer en ellas un descanso al celestial peregrino. El pájaro no fué

desagradecido, pues puso en el acto siete huevos: seis de oro y uno de hierro. A los tres días sintió Ilmatar en la rodilla un dolor como si la quemaran; hizo un movimiento y dejó caer en el mar los huevos, de los que salió toda la creación.

Apenas creado el mundo, aparece en él un hijo de la misma doncella Ilmatar, llamado Waenaemoeinen, quien, notando que la creación está aún incompleta, se consagra a perfeccionarla con ayuda de Pellervoinen, que viene a ser como un símbolo del trabajo, y bajo la protección de su madre y de los dioses Ukko y Akka; de esta suerte, llega a tener la tierra cuanto hace falta para la vida de la especie humana, y Waenaemoeinen puede dedicarse al canto, su afición favorita, con la que entretiene sus ocios y mata sus tristezas de viejo solterón.

Supongamos por un momento—agrega más adelante el escritor granadino, después de exponer por lo menudo los diversos episodios de "Kalevala"—, sólo por vía de comparación, que un poeta finlandés hubiera pretendido adaptar a su país una epopeya como la "Iliada". Tropezaría con una primera dificultad: este territorio no permite que se muevan ejércitos formidables como los descritos por Homero. Antes de salvar la distancia que hay entre las dos regiones antagónicas del país, morirían de hambre y de frío; y en vez de epopeya, tendríamos el relato de una retirada desastrosa. Hay, pues, que simplificar y quedarse sólo con los héroes, y hay que dotar a éstos de un poder sobrenatural para que acorten las distancias volando en algún esquivo maravilloso. Y esta primera modificación lleva consigo otra más grave: el héroe principal no será ahora el más valiente, sino el más sabio. Aquiles queda en segundo término, y pasa a ocupar el primero Calcas, el adivino, o el prudente Ulises. He aquí por qué en el "Kalevala" la primera figura es la de Waenaemoeinen, un viejo cargado de años y de prudencia, mientras que Lemminkainen, el guerrero, viene después, detrás no solamente de Waenaemoeinen, sino de Ilmarinen, que, a falta de saber, posee energía y tenacidad para el trabajo.

Además de la interpretación natural del argumento del "Kalevala", hay otra interpretación simbólica, que no destruye, sino que refuerza la primera: Pohjola es el mal, y la lucha de los Kalevas es el esfuerzo titánico de esta raza para vencerlo; y el mal no es un concepto abstracto, metafísico, ni una violación de las leyes morales: es algo tan materializado como el amor, según se ha visto ya; no tienen que inventarlo los hombres, porque existe aquí de asiento: es el frío, la nieve, la miseria, la falta de sol, la fiera que devora al ganado, todo cuanto en el clima éste existe, contrario a la vida del hombre. Y como estos males se agravan conforme se va ascendiendo hacia el Norte, en el Norte imaginaron los de Kaleva un pueblo al que atribuir las causas de sus penalidades, y contra ese pueblo dirigieron todas sus fuerzas. Parece un contrasentido que Suomi o Finlandia busque la felicidad en una región de donde vienen todos los males; pero la idea profunda del poema está ahí: en suponer que en Pohjola estuvo antes la felicidad simbolizada en Sampo, y que en la lucha, Pohjola fué vencida, y Kalevala, no obstante la pérdida de Sampo, ganó una parte de esa felicidad sólo por haber combatido. Lo cual, en términos claros, quiere decir que la prosperidad en Finlandia está fundada en la energía con que sus habitantes han sabido y saben luchar contra una naturaleza hostil, inhospitalaria. Este simbolismo les permitía también explicar muchos fenómenos que, en su ignorancia primitiva, no podrían explicar lógicamente; por ejemplo, las diferencias climatológicas entre el Sur y el Norte del país o la desaparición temporal de los astros.

Si el pobre Ganivet no hubiera cometido la fatal locura, este pasaje del *Kalevala* lo hubiera relacionado con un hecho en apariencia baladí, pero dentro del cual debe haber escondido una vena racial de esas que tanto gustaba él descubrir. Nos referimos a los records mundiales que detentan los deportistas de aquel país: mientras son campeones indiscutibles en distancias superiores a cinco mil metros, no poseen un solo record en distancias menores.

También hubiera sido interesante ver cómo relacionaba nuestro granadino los viejos cantos del *Kalevala* con los nuevos que acaban de descubrirse. Leemos, en efecto, en *Les Nouvelles Littéraires* que el sabio ruso Evceeff acaba de hacer en la Carelia del Sur el mismo trabajo de recopi-

lación que había hecho Loennrot en el Norte, y que ha descubierto ocho cantos nuevos, uno de los cuales muestra al héroe del *Kalevala* transformado en mujer. Según todo parece indicarlo, este nuevo canto pertenecería a un período histórico muy anterior al de los otros cantos.

E. P. M.
ESPECIAL PARA "CIUDAD"

NUESTROS COLABORADORES



EDUARDO AVILÉS RAMÍREZ

El lector habrá gustado ya algunas de las crónicas que desde París nos envía este nuevo colaborador de CIUDAD. Le debemos, sin embargo, algunas palabras de presentación que completen el espiritual contacto que dichas crónicas ya han establecido.

Posee Avilés Ramírez un estilo culto sin énfasis, matizado sin rebuscamientos y finamente irónico, que recuerda, como le señalan sus críticos franceses, la deliciosa manera de Gómez Carrillo. Nicaragüense de nacimiento y cubano de vecindad y de vocación, representa en París publicaciones de la mejor prensa hispanoamericana, y es autor de libros que, como "Simbad", le han otorgado gran crédito en el mundo literario de la capital francesa, como lo demuestra el hecho de que Georges Pillement le haya incluido en su "Antología de cuentistas", editada por Pallas, París, 1933. Su obra poética goza de justo renombre, y está vinculada al movimiento lírico cubano de los últimos años.

Sus extensas relaciones en el mundo literario, artístico y político de Francia le permiten dotar a sus crónicas y reportajes de ese ágil tono y esa vivaz sensación de proximidad que sólo puede otorgar la presencia directa de los modelos y el conocimiento previo de su obra o de su significación.

La vida parisiense, tan compleja, tan varia y rica de matices, tendrá en Avilés Ramírez, a través de nuestras páginas, un glosador capaz de abarcarla en toda su plenitud y de adoptar en cada momento el tono adecuado a cada tema que, circunstancialmente, pueda atraer su atención.

APUNTE DEL NATURAL POR FOUJITA

"Usted mismo ha empeorado su estómago"

al no someterse a una medicación adecuada"

ES muy frecuente que los enfermos del estómago traten de combatir el dolor, acidez, etcétera, con el empleo de medicamentos que neutralizan de momento el exceso de los ácidos que se forman, pero sin atacar las causas. Incluso suele ser perjudicial el abuso de estos neutralizantes, pues irritan aún más la mucosa gástrica.

El Elixir Estomacal Sáiz de Carlos es un medicamento distinto a todos los demás; no sólo calma los efectos, sino que destruye las causas, combatiendo directamente el origen de las frecuentes dolencias y evitando que así vuelvan a reproducirse.

La confianza que goza entre la clase médica este específico y su éxito mundial durante cerca de medio siglo, garantizan su eficacia.



* Adquiera hoy mismo un frasco en cualquier farmacia. Su precio es de pesetas 5,85, incluido timbres.

ELIXIR ESTOMACAL

SAIZ DE CARLOS





Hans Albers en una escena del film.



CONTROL
CINEMATOGRAFICO

- "ALTO" Deténgase usted y lea: la película merece la pena.
- ⊕ "CUIDADO" Un film con determinadas debilidades artísticas.
- ⊙ "SIGA" Obra deficiente que no merece ni que usted se detenga a considerar su título.

○ *Las vírgenes de Wimpole Street.*—Norma Shearer y Fredrich March llegan a un límite insospechado de perfección interpretativa en este film. Sobre todo, la dulce y admirable estrella norteamericana, que sostiene con la pureza extremada de su personalidad y de su arte el concepto un poco lento y teatral de esta película. El film está tomado, en efecto, de una obra teatral norteamericana. Charles Laughton, aquel estupendo Enrique VIII, salido del cuadro de Holbein por obra y gracia de Alexander Korda, tiene aquí un papel ingrato y acaso el más teatral de todos. La película es buena y francamente recomendable, a pesar de esos virus de teatralidad que se están introduciendo en el cinema.

○ *Sinfonías del corazón.*—Una película a base de Claudet Colbert. Esto es todo. La excelente actriz llena por completo el film en una escala sucesiva de aciertos. Además, canta con agradable voz unos bellos motivos americanos. El film es bueno. Claro que nosotros, con haber limitado este control a tres matices calificativos solamente, nos hallamos ahora, como en otras ocasiones y como volveremos a hallarnos en situaciones futuras, un poco perplejos. Lo mismo calificamos de bueno a *Sucedió una noche*, film de la misma estrella, que está a una respetable distancia por encima de *Sinfonías del corazón*. En fin, comprendan ustedes estos inconvenientes y sepan adivinar los diferentes grados de bondad, de mediocridad y de "maldad" que caben al lado de cada signo.

○ *Desfile de primavera.*—Francisca Gaal tiene ya un sólido prestigio en el cinema; prestigio ganado en poco tiempo y con pocas películas. ¡Aquellos *Páprika!* Vuelve ahora la gentil estrella continental a las pantallas de Madrid en este *Desfile de primavera* y de la ilustre mano de Geza von Bolvary. Un calificativo que le va muy bien a este film es el de "bonito". Vamos a dejarlo así y a recomendarle, porque es grato ver, aunque no haya

Cine

Por

GABRIEL

GARCIA

ESPINA

Escaparate de películas nuevas

Jack L. Warner, vicepresidente y jefe de producción de la Warner Bros, cuyos intereses están agrupados a los de la First National y la Vitagraph, confía en que en los Estados Unidos y en todo el mundo se desvanecerán en el año actual los últimos vestigios de la consabida depresión económica. La industria cinematográfica está obligada a ejercer su influjo benéfico en el resurgimiento colectivo. Por eso la mencionada marca americana producirá en 1935 tantos films de largo metraje como en la temporada última, pero con un presupuesto aumentado en cinco millones de dólares. He aquí, a continuación, un anticipo de nombres y repartos:

Max Reinhardt, el célebre director de escena alemán, iniciará sus actividades para el cinema con la versión cinematográfica de "El sueño de una noche de verano".

"Antony Adverse". Película inspirada en una novela de popularidad universal, de complicado montaje para el cinema, tanto por su vasto asunto como por la importancia y cantidad de sus escenarios y personajes. Se ha resuelto que los quince papeles más destacados de ella sean incorporados por quince artistas de primera fila. Su elección definitiva depende de un concurso que se lleva a cabo en los Estados Unidos para decidir por votación popular quiénes serán los intérpretes apropiados.

Nosotros no confiamos mucho en estas selecciones populares. La gente no suele saber nada de matices interpretativos profesionales; se guía de sus simpatías particulares y nada

ADOLF WOHLBRUCK



en "El barón Tzizano".

más. Dudemos, pues, del resultado del film si, en efecto, se va a hacer aquí.

"Música y mujeres", superior en originalidad, según se anuncia, a "Vampiresas 1933". La dirigen Ray Enright y Busby Berkeley, y son sus principales intérpretes Dick Powell, Johan Blondell y Zasu Pitts.

"Vampiresas 1935", uno de los films de la serie de un millón de dólares, dirigido por Busby Berkeley.

"La dulce Adelina", realizada por el gran Mervin le Roy, ayudado por Bobby Connolly en las escenas coreográficas. Es una opereta de Oscar Hemmerstein y Jerome Kern, con Irene Dunne en el principal papel.

"Casino de París", con Al Johnson al frente de un brillante grupo de actores. Film basado en una novela de Bradford Hopes, autor de "La calle 42".

"El paseo del amor", dirigida por Frank Borzague y con Dick Powell, Ruby Keeler y Pat O'Brien entre sus figurantes.

Bobby Connolly dirige los números musicales de "Dulce música", película realizada por Alfred Green e interpretada por Rudy Vallée, Ann Dvorak, Alice White y Allan Jenkins.

"En caliente", con Dolores del Río. Su acción se desarrolla en la pintoresca localidad mejicana de Aguascalientes, y en su famoso casino.

"Veinte millones de enamoradas", film de ambiente "radiotelefónico", dirigido por Ray Enright, con Dick Powell, Ginger Rogers, Pat O'Brien y los Mills Brothers, astros de la radio.

"Inferno negro", dirigida por Michael Curtiz; "La vuelta del fugitivo", vinculada en ambiente, corte y situaciones a "Soy un fugitivo", y "Ciudad fronteriza", bajo la dirección de William Dieterle, son tres films cuya figura principal encarna Paul Muni, el excelente actor yanqui. Queda otro film, que se proyecta rodar en una escala gigantesca, "Canal de Panamá", historia de un grandioso esfuerzo humano, que corresponderá animar probablemente también al mismo Paul Muni.

"La escuadrilla Lafayette" y "Diablos en el aire", películas de aviación interpretadas por James Cagney y Pat O'Brien, bajo la dirección de Lloyd Bacon, el realizador de "Aquí viene la armada".

Films americanos en español.

En los Estudios de Burbank se rueda actualmente "El cantante de Nápoles", film dialogado en castellano e interpretado por Enrico Caruso, hijo; Alonso Pedrosa, Terry La Franconi, Emilia Leovalli, Mona Maris, Martín Galarraga, Carmen del Río, María Calvo y Rosa Rey. La película recogerá, a través de una intriga sentimental, bellas canciones napolitanas de factura popular.

Inevitablemente nos acordamos de "La buenaventura" film interpretado también por Caruso, hijo, y nos asustamos un poco...

STANLEY LUPINO-THELMA TODD



en una graciosa escena de "Vaya niña".

resultado el mejor éxito de la señorita Gaal, ni mucho menos la mejor realización del animador de *El último vals de Chopin*.

⊕ *Cock-tail de besos.*—Este es el otro film al cual sirvió de relleno *La sombra que mata*. Y verdaderamente, el conjunto del programa resultó así bastante equilibrado. Es cierto que nunca puede ser esta película tan mala como la otra: se queda en regular, y ya está bien. Un motivo musical brevísimo y gracioso; algunas escenas de conjunto bien dirigidas ante un fondo de buena arquitectura; un galán que parece estar llamado a mejores éxitos, y la belleza un poco cansada de Suzy Vernon. Con todo esto y un argumento nada nuevo, ha resultado eso: un film regular.

○ *Oro.*—en el primer número de CIUDAD dijimos algo a propósito de *Oro*. Nos ratificamos en ello e insistimos aquí, aunque con más brevedad: excelente film. Y muy escaso de dimensiones este control para contener, aunque fuera muy apretadamente, el montón de sugerencias que nos trae. Técnica alemana, gran técnica concienzuda y aparatosa al servicio de un tema grande también y apasionado, por el que se precipitan torrencialmente los más descarnados instintos humanos. Hans Albers y Brigitte Helm llevan con admirable precisión artística sus responsabilidades interpretativas. Película digna de verse.

○ *Los miserables.*—La cámara sigue en esta película, con fidelidad metódica, todo el proceso literario de la inmortal obra de Víctor Hugo.



CAPITOL

presenta

Franco Foresta

(el tenor de la voz de diamante)

y Arthur Riscoe,

Nauton Wayne y Diana Napier

en la comedia musical

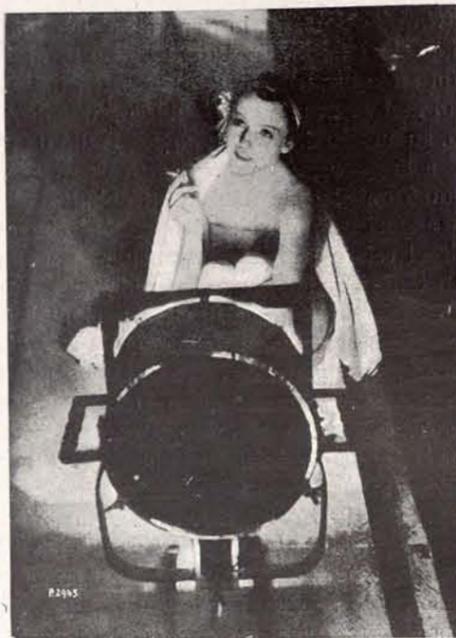
POR TU AMOR

Un film de CARMINE CALLONE

Producción de WINSOR-STERLING

GRAN ÉXITO

K A T E D E N A G Y



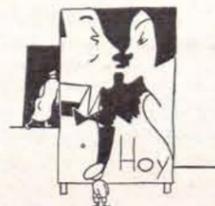
en un descanso "luminoso" en el estudio.

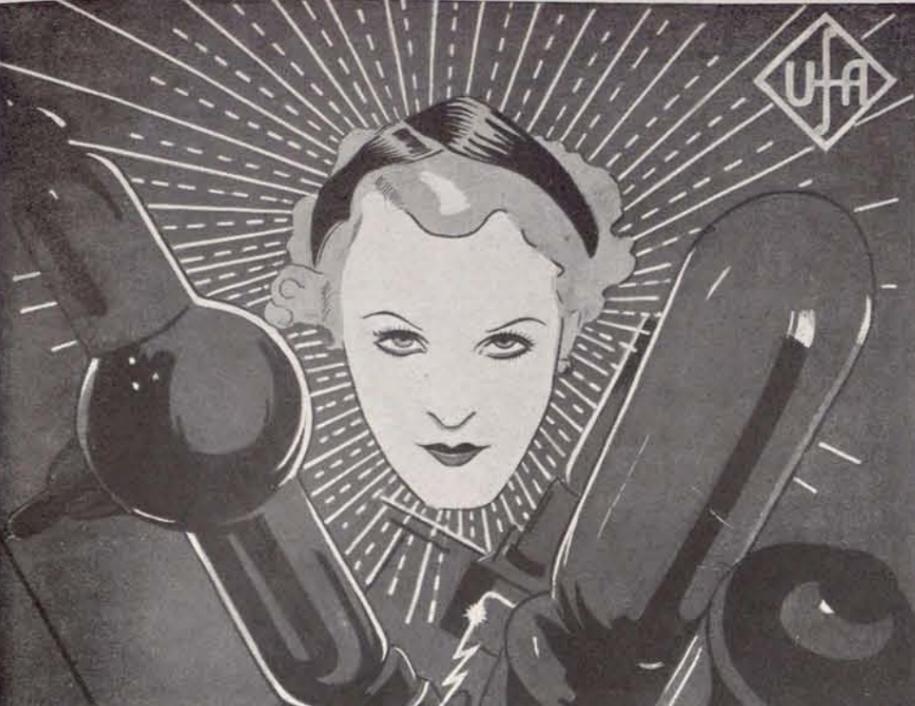
La gran novela se ha hecho film de repente gracias al decidido empeño de Raymond Bernard. Por esta circunstancia, el desarrollo adolece en algún momento de cierta lentitud. Pero nada significa esto ante el formidable resultado del film en conjunto. La interpretación que hace Harry Baur de Jean Valjean quedará en la historia del cinema como un modelo indudable de asimilación de un carácter y de genio. Excelente la arquitectura y la fotografía, y muy buenos también en sus interpretaciones el resto de los actores, entre los que destaca en esta primera jornada del film el enorme sentido dramático de Florelle.

○ *Siempre en mi corazón.*—Bárbara Stanwyck realiza en este film un trabajo perfectamente de acuerdo con sus características. Se trata de una película de hondo acento humano, en la que tal vez el matiz emocional está remarcado con cierta crueldad que bordea el melodrama. En conjunto, es una obra seria, en la que si bien ciertas escenas podrían ser aligeradas, resiste una visión de conjunto de la más exigente crítica.

⊙ *La sombra que mata.*—Primero y divertido episodio de esta "tenebrosa" aventura cinematográfica, que, al parecer, pretende resucitar un género fallecido hace mucho. La película no vale nada como película. Alguna acelerada escena de persecución entre "malos y buenos" tiene cierto sabor dinámico bien logrado. La "afición"—también hay "afición" cinematográfica—se ríe ya decididamente de estos films truculentos. Menos mal que esta sombra mortífera, dándose cuenta de su insignificancia, actúa de relleno en una cartelera a base de otro film. ¡Ah! Y nos damos ya por enterados de los episodios que faltan.

⊕ *Tango en Broadway.*—Un film construido con el pie forzado de darle motivos de canto a Carlos Gardel. Ya en alguna ocasión aludimos aquí a otra película parecida. Los devotos de este género criollo están de enhorabuena. Otros valores cinematográficos precisos, no tiene la película.



¡ORO!
EL GRAN FILM DEL AÑO
 Extraordinario suceso ac-
 tualmente en el
CINE DEL CALLAO



LOS ESTUDIOS de la CEA en CIUDAD LINEAL

han producido en su primer año de actividad cinematográfica **OCHO GRANDES PELÍCULAS**: «El Agua en el suelo», «La traviesa molinera» (en tres versiones: español, francés e inglés), «Una semana de felicidad», «La Dolorosa», «Crisis mundial», «Vidas rotas» y «La bien pagada», más numerosos films de corto metraje, documentales, culturales, de propaganda, etc., y gran cantidad de sincronizaciones y doblajes de películas mundialmente célebres. ♦ En junto, cerca de **CUARENTA FILMS** al terminar el año.

Los **ESTUDIOS DE LA CEA** están equipados con aparatos de sonido Tobis-klang film y cámaras Super-Parvo y Eclair, uno de los cuales va montado sobre dos magníficos camiones para exteriores sonoros. La producción que se prepara para el año próximo excederá en mucho a la ya realizada, para lo cual se está construyendo un nuevo Estudio.

Cinematografía Española Americana
 S. A.



Oficinas: Barquillo, núm. 10.—Teléfono 16063
 Estudios: Arturo Soria, núm. 350.—Teléfono
 núms. 53287 - 61329 - 61838



BOLETIN DE SUSCRIPCION A “CIUDAD”

(Recórtese este cupón por la línea de puntos)

Sr. Administrador de “Ciudad”
 Palacio de la Prensa
 MADRID

D. _____
 domiciliado en _____
 (localidad) _____
 calle de _____ número _____
 provincia de _____

Se suscribe a CIUDAD por UN AÑO (52 números) y
 adjunta la suma de DIEZ PESETAS, CUARENTA CENTI-
 MOS (10'40 ptas.) importe de la referida suscripción anual
 en _____
 (giro postal o cheque)

FECHA Y FIRMA

JOSE MACAZAGA

CONTRATISTA
 GENERAL DE
 OBRAS



Constructor del edificio Carrión (Capitol).
 Colaborador de la obra de Cantería de los Ministerios.



PASEO DE LEÑEROS, 6, TELÉFONO 43339.-MADRID
 AUTONOMÍA, 8, TELEFONO 12971.-BILBAO

MES DE LA ROO A BLANCA



ANDRÉS
MEDINA

ALMACENES RODRIGUEZ

AV. C. PEÑALVER, 4

M A D R I D

APARTADO 261

Los precios especiales, reducidísimos, de esta venta extraordinaria, sólo rigen:
del 1 al 16 de febrero, en Madrid, y del 1 al 28 de febrero, en provincias.

Se remite catálogo gratis a quien lo solicite.